



Oscar Wilde

Una mujer sin
Importancia

E LEJANDRIA



Oscar Wilde

Una mujer sin
Importancia

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

UNA MUJER SIN IMPORTANCIA

OSCAR WILDE

PUBLICADO: 1893

FUENTE: WIKISOURCE

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EDICIÓN ORIGINAL: JOHN W. LUCE, LONDRES, 1906

UNA MUJER SIN IMPORTANCIA

PERSONAJES

LORD ILLINGWORTH

SIR JOHN PONTEFRACT

LORD ALFRED RUFFORD

MR. KELVIL, M.P.

EL VENERABLE ARCEDIANO DAUBENY, D.D.

GERALD ARBUTHNOT

FARQUHAR, mayordomo

FRANCIS, lacayo

LADY HUNSTANTON

LADY CAROLINE PONTEFRACT

LADY STUTFIELD

MRS. ALLONBY

MISS HESTER WORSLEY

ALICE, doncella

MRS. ARBUTHNOT

ESCENAS

Acto I. La terraza de Hunstanton Chase.

Acto II. El salón de Hunstanton Chase.

Acto III. El vestíbulo de Hunstanton Chase.

Acto IV. Sala de estar en la casa de Mrs. Arbuthnot, en Wrockley.

Tiempo: El presente.

Lugar: Los condados.

La acción de la obra transcurre en el plazo de veinticuatro horas.

PRIMER ACTO

ESCENA

Césped frente a la terraza de Hunstanton.

[SIR JOHN y LADY CAROLINE PONTEFRACHT, MISS WORSLEY, sentados en sillas bajo un gran tejo.]

LADY CAROLINE.—Creo que esta es la primera casa de campo inglesa en la que se hospeda, Miss Worsley, ¿verdad?

HESTER.—Sí, Lady Caroline.

LADY CAROLINE.—¿No tienen casas de campo, me han dicho, en América?

HESTER.—No tenemos muchas.

LADY CAROLINE.—¿Tienen ustedes campo? Campo, tal como lo llamamos nosotros.

HESTER.—[Sonriendo.] Tenemos el país más grande del mundo, Lady Caroline. En la escuela nos decían que algunos de nuestros estados son tan grandes como Francia e Inglaterra juntas.

LADY CAROLINE.—¡Ah! Debe de resultar muy lleno de corrientes, me imagino. [A SIR JOHN.] John, debería ponerse la bufanda. ¿Para qué sirve que le esté tejiendo bufandas si luego no se las pone?

SIR JOHN.—Estoy muy abrigado, Caroline, se lo aseguro.

LADY CAROLINE.—Creo que no, John. En fin, no podría haber venido a un lugar más encantador que este, Miss Worsley, aunque la

casa es excesivamente húmeda, imperdonablemente húmeda, y la querida Lady Hunstanton a veces es un poco... poco exigente con la gente a la que invita a venir aquí. [A SIR JOHN.] Jane mezcla demasiado. Lord Illingworth, desde luego, es un hombre de gran distinción. Es un privilegio conocerlo. Y ese miembro del Parlamento, el señor Kettle...

SIR JOHN.—Kelvil, querida, Kelvil.

LADY CAROLINE.—Debe de ser muy respetable. Nunca se ha oído su nombre en toda la vida de una, lo cual dice mucho de un hombre hoy en día. Pero Mrs. Allonby apenas es una persona adecuada.

HESTER.—No me gusta Mrs. Allonby. No me gusta más de lo que puedo expresar.

LADY CAROLINE.—No estoy segura, Miss Worsley, de que las extranjeras como usted deban cultivar simpatías o antipatías por la gente a la que las invitan a conocer. Mrs. Allonby es de excelente familia. Es sobrina de Lord Brancaster. Se dice, claro, que se fugó dos veces antes de casarse. Pero ya sabe lo injusta que es a menudo la gente. Yo, personalmente, no creo que se fugara más de una vez.

HESTER.—Mr. Arbuthnot es encantador.

LADY CAROLINE.—¡Ah, sí! El joven que tiene un puesto en un banco. Lady Hunstanton es muy bondadosa al invitarlo, y Lord Illingworth parece haberle tomado bastante cariño. No estoy segura, sin embargo, de que Jane haga bien en sacarlo de su posición. En mis tiempos, Miss Worsley, una nunca se encontraba en sociedad con nadie que trabajara para vivir. No se consideraba propio.

HESTER.—En América, esas son las personas a las que más respetamos.

LADY CAROLINE.—No lo dudo.

HESTER.—¡Mr. Arbuthnot tiene una naturaleza maravillosa! Es tan sencillo, tan sincero. Tiene una de las naturalezas más hermosas con las que me he topado jamás. Es un privilegio conocerlo.

LADY CAROLINE.—No es costumbre en Inglaterra, Miss Worsley, que una joven hable con tanto entusiasmo de una persona del sexo opuesto. Las mujeres inglesas ocultan sus sentimientos hasta después de casarse. Entonces los muestran.

HESTER.—¿No permiten ustedes, en Inglaterra, que exista amistad entre un joven y una muchacha?

[Entra LADY HUNSTANTON seguida de un lacayo con chales y un cojín.]

LADY CAROLINE.—Creemos que es muy poco aconsejable. Jane, precisamente estaba diciendo qué reunión tan agradable nos ha preparado. Tiene usted un don extraordinario para elegir. Es un verdadero talento.

LADY HUNSTANTON.—Querida Caroline, ¡qué amable! Creo que todos encajamos muy bien. Y espero que nuestra encantadora visitante americana se lleve gratos recuerdos de nuestra vida campestre inglesa. [Al lacayo.] El cojín, ahí, Francis. Y mi chal. El de Shetland. Traiga el de Shetland. [Sale el lacayo a por el chal.]

[Entra GERALD ARBUTHNOT.]

GERALD.—Lady Hunstanton, tengo unas noticias estupendas que darle. Lord Illingworth acaba de ofrecerse a hacerme su secretario.

LADY HUNSTANTON.—¿Su secretario? Eso sí que son buenas noticias, Gerald. Le augura un futuro brillantísimo. Su querida madre estará encantada. Debería intentar convencerla para que suba esta noche. ¿Cree que lo haría, Gerald? Sé lo difícil que es lograr que vaya a cualquier parte.

GERALD.—¡Oh! Estoy seguro de que lo haría, Lady Hunstanton, si supiera que Lord Illingworth me ha hecho esa oferta.

[Entra el lacayo con el chal.]

LADY HUNSTANTON.—Le escribiré para contárselo y pedirle que suba a conocerlo. [Al lacayo.] Espere un momento, Francis. [Escribe una carta.]

LADY CAROLINE.—Es una oportunidad extraordinaria para un hombre tan joven como usted, Mr. Arbuthnot.

GERALD.—Lo es, Lady Caroline. Confío en poder demostrarme digno de ella.

LADY CAROLINE.—Eso espero.

GERALD.—[A HESTER.] Usted todavía no me ha felicitado, Miss Worsley.

HESTER.—¿Está usted muy contento?

GERALD.—Claro que sí. Significa todo para mí; cosas que antes quedaban fuera del alcance de la esperanza quizá estén ahora al alcance de la mano.

HESTER.—Nada debería estar fuera del alcance de la esperanza. La vida es una esperanza.

LADY HUNSTANTON.—Me parece, Caroline, que lo que Lord Illingworth pretende es la Diplomacia. He oído que le ofrecieron Viena. Pero quizá no sea cierto.

LADY CAROLINE.—No creo que Inglaterra deba estar representada en el extranjero por un hombre soltero, Jane. Podría acarrear complicaciones.

LADY HUNSTANTON.—Eres demasiado nerviosa, Caroline. Créeme, demasiado nerviosa. Además, Lord Illingworth puede casarse cualquier día. Yo esperaba que se hubiera casado con Lady Kelso. Pero creo que dijo que su familia era demasiado numerosa. ¿O eran sus pies? No recuerdo cuál de las dos cosas. Lo lamento mucho. Ella había nacido para ser esposa de embajador.

LADY CAROLINE.—Desde luego tiene una facultad admirable para recordar los nombres de la gente y olvidar sus caras.

LADY HUNSTANTON.—Bueno, eso es muy natural, Caroline, ¿no? [Al lacayo.] Dígale a Henry que espere respuesta. He escrito unas líneas a su querida madre, Gerald, para darle la buena noticia y decirle que, verdaderamente, debe venir a cenar. [Sale el lacayo.]

GERALD.—Qué amabilísimo por su parte, Lady Hunstanton. [A HESTER.] ¿Quiere venir a dar un paseo, Miss Worsley?

HESTER.—Con mucho gusto. [Sale con GERALD.]

LADY HUNSTANTON.—Me alegra muchísimo la buena suerte de Gerald Arbuthnot. Es casi un protegido mío. Y me complace especialmente que Lord Illingworth le haya hecho la oferta por iniciativa propia, sin que yo sugiriera nada. A nadie le gusta que le pidan favores. Recuerdo a la pobre Charlotte Pagden, que se volvió muy impopular una temporada porque tenía una institutriz francesa que quería recomendar a todo el mundo.

LADY CAROLINE.—Yo vi a la institutriz, Jane. Lady Pagden me la envió. Fue antes de que Eleanor saliera en sociedad. Era demasiado guapa para estar en una casa respetable. No me extraña que Lady Pagden estuviera tan deseosa de librarse de ella.

LADY HUNSTANTON.—Ah, eso lo explica.

LADY CAROLINE.—John, el césped está demasiado húmedo para usted. Debería ir a ponerse las galochas inmediatamente.

SIR JOHN.—Estoy muy cómodo, Caroline, se lo aseguro.

LADY CAROLINE.—Debe permitirme que yo sea la mejor juez de eso, John. Haga el favor de obedecerme. [SIR JOHN se levanta y se va.]

LADY HUNSTANTON.—Lo malcrías, Caroline, idesde luego que sí!

[Entran MRS. ALLONBY y LADY STUTFIELD.]

LADY HUNSTANTON.—[A MRS. ALLONBY.] Bueno, querida, espero que le guste el parque. Dicen que está bien arbolado.

MRS. ALLONBY.—Los árboles son magníficos, Lady Hunstanton.

LADY STUTFIELD.—Sí, sí, magníficos.

MRS. ALLONBY.—Pero, de algún modo, estoy segura de que si viviera en el campo seis meses me volvería tan poco sofisticada que nadie me prestaría la menor atención.

LADY HUNSTANTON.—Le aseguro, querida, que el campo no produce ese efecto en absoluto. Mire, fue desde Melthorpe, que está a solo dos millas de aquí, desde donde Lady Belton se fugó con Lord Fethersdale. Recuerdo perfectamente el asunto. El pobre Lord Belton murió tres días después de alegría... o de gota. No recuerdo cuál de las dos cosas. Teníamos una gran reunión alojada aquí por aquel entonces, así que todos nos interesamos muchísimo por el caso.

MRS. ALLONBY.—Creo que fugarse es cobarde. Es huir del peligro. Y el peligro se ha vuelto tan raro en la vida moderna...

LADY CAROLINE.—Por lo que alcanzo a entender, las jóvenes de hoy en día parecen convertir en el único propósito de su vida el estar siempre jugando con fuego.

MRS. ALLONBY.—La única ventaja de jugar con fuego, Lady Caroline, es que una nunca llega ni a chamuscarse. Los que no saben jugar con él son los que se queman.

LADY STUTFIELD.—Sí; lo entiendo. Es muy, muy útil.

LADY HUNSTANTON.—No sé cómo se las arreglaría el mundo con una teoría así, querida Mrs. Allonby.

LADY STUTFIELD.—¡Ah! El mundo fue hecho para los hombres y no para las mujeres.

MRS. ALLONBY.—Oh, no diga eso, Lady Stutfield. Nosotras lo pasamos mucho mejor que ellos. Hay muchas más cosas prohibidas para nosotras que para ellos.

LADY STUTFIELD.—Sí; eso es muy, muy cierto. No lo había pensado.

[Entran SIR JOHN y MR. KELVIL.]

LADY HUNSTANTON.—Bueno, Mr. Kelvil, ¿ha terminado ya con su trabajo?

KELVIL.—He acabado de escribir por hoy, Lady Hunstanton. Ha sido una tarea ardua. Las exigencias del tiempo de un hombre

público son muy pesadas hoy en día, muy pesadas en efecto. Y no creo que reciban un reconocimiento adecuado.

LADY CAROLINE.—John, ¿se ha puesto las galochas?

SIR JOHN.—Sí, querida.

LADY CAROLINE.—Creo que será mejor que se venga aquí, John. Está más resguardado.

SIR JOHN.—Estoy muy cómodo, Caroline.

LADY CAROLINE.—Creo que no, John. Será mejor que se siente a mi lado. [SIR JOHN se levanta y cruza.]

LADY STUTFIELD.—¿Y sobre qué ha estado escribiendo esta mañana, Mr. Kelvil?

KELVIL.—Sobre el tema de siempre, Lady Stutfield. Sobre la Pureza.

LADY STUTFIELD.—Debe de ser algo muy, muy interesante sobre lo que escribir.

KELVIL.—Es el único asunto de verdadera importancia nacional hoy en día, Lady Stutfield. Me propongo dirigirme a mis electores sobre la cuestión antes de que se reúna el Parlamento. Observo que las clases pobres de este país muestran un marcado deseo de un nivel ético más elevado.

LADY STUTFIELD.—Qué muy, muy amable por su parte.

LADY CAROLINE.—¿Está usted a favor de que las mujeres participen en política, Mr. Kettle?

SIR JOHN.—Kelvil, querida, Kelvil.

KELVIL.—La influencia creciente de las mujeres es lo único tranquilizador de nuestra vida política, Lady Caroline. Las mujeres están siempre del lado de la moralidad, pública y privada.

LADY STUTFIELD.—Es muy, muy gratificante oírle decir eso.

LADY HUNSTANTON.—Ah, sí: las cualidades morales en la mujer, eso es lo importante. Me temo, Caroline, que el querido Lord Illingworth no valora las cualidades morales de las mujeres tanto como debería.

[Entra LORD ILLINGWORTH.]

LADY STUTFIELD.—El mundo dice que Lord Illingworth es muy, muy perverso.

LORD ILLINGWORTH.—¿Pero qué mundo dice eso, Lady Stutfield? Debe de ser el otro mundo. Este mundo y yo estamos en excelentes términos. [Se sienta junto a MRS. ALLONBY.]

LADY STUTFIELD.—Todo el mundo que conozco dice que usted es muy, muy perverso.

LORD ILLINGWORTH.—Es perfectamente monstruoso que la gente vaya por ahí diciendo a espaldas de uno cosas que son absoluta y enteramente ciertas.

LADY HUNSTANTON.—El querido Lord Illingworth no tiene remedio, Lady Stutfield. He desistido de reformarlo. Haría falta una sociedad anónima, con consejo de administración y un secretario asalariado, para lograrlo. Pero usted ya tiene secretario, Lord Illingworth, ¿no es verdad? Gerald Arbuthnot nos ha contado su buena fortuna; ha sido realmente muy amable por su parte.

LORD ILLINGWORTH.—Oh, no diga eso, Lady Hunstanton. "Amable" es una palabra espantosa. Me encapriché del joven Arbuthnot en el mismo instante en que lo conocí, y me será de considerable utilidad en algo que soy lo bastante necio como para querer hacer.

LADY HUNSTANTON.—Es un joven admirable. Y su madre es una de mis amigas más queridas. Acaba de irse a pasear con nuestra bonita americana. Es muy bonita, ¿verdad?

LADY CAROLINE.—Demasiado bonita. Esas muchachas americanas se llevan todos los buenos partidos. ¿Por qué no se quedan en su país? Siempre nos están diciendo que es el paraíso de las mujeres.

LORD ILLINGWORTH.—Lo es, Lady Caroline. Por eso, como Eva, están tan ansiosas por salir de él.

LADY CAROLINE.—¿Quiénes son los padres de Miss Worsley?

LORD ILLINGWORTH.—Las mujeres americanas son extraordinariamente hábiles ocultando a sus padres.

LADY HUNSTANTON.—Mi querido Lord Illingworth, ¿qué quiere decir? Miss Worsley, Caroline, es huérfana. Su padre fue, según creo, un riquísimo millonario o filántropo, o ambas cosas, que hospedó a mi hijo con gran hospitalidad cuando visitó Boston. No sé cómo hizo su dinero en un principio.

KELVIL.—Me imagino que con tejidos estadounidenses.

LADY HUNSTANTON.—¿Qué son los “tejidos estadounidenses”?

LORD ILLINGWORTH.—Novelas americanas.

LADY HUNSTANTON.—¡Qué cosa tan singular!... En fin, provenga de donde provenga su gran fortuna, tengo una gran estima por Miss Worsley. Viste extraordinariamente bien. Todos los americanos visten bien. Compran su ropa en París.

MRS. ALLONBY.—Dicen, Lady Hunstanton, que cuando mueren los buenos americanos van a París.

LADY HUNSTANTON.—¿De veras? ¿Y cuando mueren los malos americanos, adónde van?

LORD ILLINGWORTH.—Oh, a América.

KELVIL.—Me temo que usted no aprecia América, Lord Illingworth. Es un país muy notable, sobre todo si se considera su juventud.

LORD ILLINGWORTH.—La juventud de América es su tradición más antigua. Lleva ya trescientos años. Al oírlos hablar, una se imaginaría que están en la primera infancia. En lo que respecta a la civilización, están en la segunda.

KELVIL.—Hay, sin duda, mucha corrupción en la política americana. Supongo que alude a eso.

LORD ILLINGWORTH.—Me lo pregunto.

LADY HUNSTANTON.—Me dicen que la política está en un estado lamentable en todas partes. Desde luego lo está en Inglaterra. El querido Mr. Cardew está arruinando el país. Me pregunto si Mrs. Cardew se lo permite. Estoy segura, Lord Illingworth, de que usted no cree que se deba permitir votar a la gente sin educación.

LORD ILLINGWORTH.—Creo que son los únicos que deberían hacerlo.

KELVIL.—¿No toma usted partido entonces en la política moderna, Lord Illingworth?

LORD ILLINGWORTH.—Uno nunca debería tomar partido en nada, Mr. Kelvil. Tomar partido es el comienzo de la sinceridad, y poco después viene la seriedad, y el ser humano se convierte en un pesado. Sin embargo, la Cámara de los Comunes en realidad hace muy poco daño. No se puede hacer buena a la gente por una ley del Parlamento; eso sí.

KELVIL.—No puede negar que la Cámara de los Comunes siempre ha mostrado gran simpatía por los sufrimientos de los pobres.

LORD ILLINGWORTH.—Ese es su vicio particular. Ese es el vicio particular de la época. Uno debería simpatizar con la alegría, la belleza, el color de la vida. Cuanto menos se diga sobre las llagas de la vida, mejor, Mr. Kelvil.

KELVIL.—Aun así, nuestro East End es un problema muy importante.

LORD ILLINGWORTH.—Desde luego. Es el problema de la esclavitud. Y tratamos de resolverlo entreteniendo a los esclavos.

LADY HUNSTANTON.—Ciertamente se puede hacer mucho mediante entretenimientos baratos, como usted dice, Lord Illingworth. El querido Dr. Daubeney, nuestro rector, proporciona, con ayuda de sus vicarios, diversiones realmente admirables para los pobres durante el invierno. Y se puede hacer mucho bien mediante

una linterna mágica, o un misionero, o alguna diversión popular de ese tipo.

LADY CAROLINE.—Yo no estoy en absoluto a favor de las diversiones para los pobres, Jane. Mantas y carbón son suficientes. Ya hay demasiado amor al placer entre las clases altas. Lo que queremos en la vida moderna es salud. El tono no es sano, no es sano en absoluto.

KELVIL.—Tiene usted toda la razón, Lady Caroline.

LADY CAROLINE.—Creo que suelo tener razón.

MRS. ALLONBY.—Horrible palabra, “salud”.

LORD ILLINGWORTH.—La palabra más tonta de nuestro idioma, y una conoce tan bien la idea popular de la salud: el caballero rural inglés galopando tras un zorro; lo innombrable en plena persecución de lo incombible.

KELVIL.—¿Puedo preguntarle, Lord Illingworth, si considera la Cámara de los Lores una institución mejor que la Cámara de los Comunes?

LORD ILLINGWORTH.—Una institución muchísimo mejor, por supuesto. Nosotros, en la Cámara de los Lores, nunca estamos en contacto con la opinión pública. Eso nos convierte en un cuerpo civilizado.

KELVIL.—¿Habla en serio al sostener una opinión así?

LORD ILLINGWORTH.—Completamente en serio, Mr. Kelvil. [A MRS. ALLONBY.] Hábito vulgar el que tiene la gente hoy en día de preguntarle a uno, después de que uno les da una idea, si habla en serio o no. Nada es serio excepto la pasión. El intelecto no es algo serio, y nunca lo ha sido. Es un instrumento que uno toca, eso es todo. La única forma seria de intelecto que conozco es el intelecto británico. Y sobre el intelecto británico los iletrados tocan el tambor.

LADY HUNSTANTON.—¿Qué está diciendo, Lord Illingworth, sobre el tambor?

LORD ILLINGWORTH.—Tan solo hablaba con Mrs. Allonby sobre los editoriales de los periódicos londinenses.

LADY HUNSTANTON.—¿Pero usted cree todo lo que se escribe en los periódicos?

LORD ILLINGWORTH.—Lo creo. Hoy en día solo ocurre lo ilegible. [Se levanta con MRS. ALLONBY.]

LADY HUNSTANTON.—¿Se va, Mrs. Allonby?

MRS. ALLONBY.—Solo hasta el invernadero. Lord Illingworth me dijo esta mañana que hay allí una orquídea tan hermosa como los siete pecados capitales.

LADY HUNSTANTON.—Querida mía, espero que no haya nada de eso. Desde luego hablaré con el jardinero. [Salen MRS. ALLONBY y LORD ILLINGWORTH.]

LADY CAROLINE.—Tipo notable, Mrs. Allonby.

LADY HUNSTANTON.—A veces deja que su lengua ingeniosa se le escape.

LADY CAROLINE.—¿Es eso lo único, Jane, que Mrs. Allonby permite que se le escape?

LADY HUNSTANTON.—Eso espero, Caroline, desde luego.

[Entra LORD ALFRED.]

LADY HUNSTANTON.—Querido Lord Alfred, acompáñenos. [LORD ALFRED se sienta junto a LADY STUTFIELD.]

LADY CAROLINE.—Tú crees bien de todo el mundo, Jane. Es un gran defecto.

LADY STUTFIELD.—¿Cree usted de verdad, de verdad, Lady Caroline, que una debería creer mal de todo el mundo?

LADY CAROLINE.—Creo que es mucho más seguro hacerlo, Lady Stutfield. Hasta que, claro, se descubre que la gente es buena. Pero eso requiere una gran investigación hoy en día.

LADY STUTFIELD.—Pero hay tanto chisme cruel en la vida moderna...

LADY CAROLINE.—Lord Illingworth me dijo anoche en la cena que la base de todo escándalo es una certeza absolutamente inmoral.

KELVIL.—Lord Illingworth es, desde luego, un hombre muy brillante, pero me parece que carece de esa fe elevada en la nobleza y pureza de la vida que es tan importante en este siglo.

LADY STUTFIELD.—Sí, muy, muy importante, ¿no es verdad?

KELVIL.—Me da la impresión de ser un hombre que no aprecia la belleza de nuestra vida doméstica inglesa. Diría que está contaminado de ideas extranjeras en ese asunto.

LADY STUTFIELD.—No hay nada, nada como la belleza de la vida del hogar, ¿verdad?

KELVIL.—Es el sostén de nuestro sistema moral en Inglaterra, Lady Stutfield. Sin ella nos volveríamos como nuestros vecinos.

LADY STUTFIELD.—Eso sería tan, tan triste, ¿no?

KELVIL.—Me temo, además, que Lord Illingworth considera a la mujer simplemente un juguete. Yo jamás he considerado a la mujer un juguete. La mujer es la ayuda intelectual del hombre, tanto en la vida pública como en la privada. Sin ella olvidaríamos los verdaderos ideales. [Se sienta junto a LADY STUTFIELD.]

LADY STUTFIELD.—Me alegra muchísimo, muchísimo oírle decir eso.

LADY CAROLINE.—¿Usted es un hombre casado, Mr. Kettle?

SIR JOHN.—Kelvil, querida, Kelvil.

KELVIL.—Estoy casado, Lady Caroline.

LADY CAROLINE.—¿Familia?

KELVIL.—Sí.

LADY CAROLINE.—¿Cuántos?

KELVIL.—Ocho.

[LADY STUTFIELD dirige su atención a LORD ALFRED.]

LADY CAROLINE.—Mrs. Kettle y los niños estarán, supongo, en la costa. [SIR JOHN se encoge de hombros.]

KELVIL.—Mi esposa está en la costa con los niños, Lady Caroline.

LADY CAROLINE.—¿Se reunirá con ellos más tarde, sin duda?

KELVIL.—Si mis compromisos públicos me lo permiten.

LADY CAROLINE.—Su vida pública debe de ser una gran fuente de satisfacción para Mrs. Kettle.

SIR JOHN.—Kelvil, querida, Kelvil.

LADY STUTFIELD.—[A LORD ALFRED.] Qué muy, muy encantadores son esos cigarrillos con punta dorada, Lord Alfred.

LORD ALFRED.—Son terriblemente caros. Solo puedo permitírmelos cuando estoy endeudado.

LADY STUTFIELD.—Debe de ser terriblemente, terriblemente angustioso estar endeudado.

LORD ALFRED.—Hay que tener alguna ocupación hoy en día. Si no tuviera deudas no tendría nada en lo que pensar. Todos los chicos que conozco están endeudados.

LADY STUTFIELD.—Pero ¿no le causan una gran, gran molestia las personas a las que les debe dinero?

[Entra un lacayo.]

LORD ALFRED.—Oh, no; ellos escriben. Yo no.

LADY STUTFIELD.—Qué cosa tan, tan extraña.

LADY HUNSTANTON.—Ah, aquí hay una carta, Caroline, de la querida Mrs. Arbuthnot. No vendrá a cenar. Lo siento muchísimo. Pero vendrá por la noche. Me alegra muchísimo. Es una de las mujeres más dulces. Y escribe con una letra preciosa, además: tan grande, tan firme. [Entrega la carta a LADY CAROLINE.]

LADY CAROLINE.—[Mirándola.] Un poco falta de feminidad, Jane. La feminidad es la cualidad que más admiro en las mujeres.

LADY HUNSTANTON.—[Recogiendo la carta y dejándola sobre la mesa.] ¡Oh! Es muy femenina, Caroline, y tan buena, además. Debería oír lo que dice el arcediano de ella. La considera su mano derecha en la parroquia. [El lacayo le habla.] En el Salón Amarillo. ¿Entramos todos? Lady Stutfield, ¿vamos a tomar el té?

LADY STUTFIELD.—Con mucho gusto, Lady Hunstanton. [Se levantan y se disponen a salir. SIR JOHN se ofrece a llevar la capa de LADY STUTFIELD.]

LADY CAROLINE.—¡John! Si permitiera que su sobrino se ocupara de la capa de Lady Stutfield, podría ayudarme con mi costurero. [Entran LORD ILLINGWORTH y MRS. ALLONBY.]

SIR JOHN.—Desde luego, querida. [Salen.]

MRS. ALLONBY.—Cosa curiosa: las mujeres poco agradecidas siempre están celosas de sus maridos; las mujeres hermosas nunca lo están.

LORD ILLINGWORTH.—Las mujeres hermosas nunca tienen tiempo. Siempre están ocupadas estando celosas de los maridos de las demás.

MRS. ALLONBY.—¡Yo habría pensado que Lady Caroline ya se habría cansado de la ansiedad conyugal! ¡Sir John es su cuarto!

LORD ILLINGWORTH.—Tanto matrimonio desde luego no sienta bien. Veinte años de romance hacen que una mujer parezca una ruina; pero veinte años de matrimonio hacen que se parezca a un edificio público.

MRS. ALLONBY.—¿Veinte años de romance? ¿Existe tal cosa?

LORD ILLINGWORTH.—No en nuestros días. Las mujeres se han vuelto demasiado brillantes. Nada estropea tanto un romance como el sentido del humor en la mujer.

MRS. ALLONBY.—O la falta de él en el hombre.

LORD ILLINGWORTH.—Tiene usted toda la razón. En un templo todos deberían ser serios, salvo aquello que se adora.

MRS. ALLONBY.—¿Y eso debería ser el hombre?

LORD ILLINGWORTH.—Las mujeres se arrodillan con tanta gracia; los hombres no.

MRS. ALLONBY.—¡Está pensando en Lady Stutfield!

LORD ILLINGWORTH.—Le aseguro que no he pensado en Lady Stutfield en el último cuarto de hora.

MRS. ALLONBY.—¿Es un misterio tan grande?

LORD ILLINGWORTH.—Es más que un misterio: es un estado de ánimo.

MRS. ALLONBY.—Los estados de ánimo no duran.

LORD ILLINGWORTH.—Ese es su encanto principal.

[Entran HESTER y GERALD.]

GERALD.—Lord Illingworth, todo el mundo me ha felicitado, Lady Hunstanton y Lady Caroline y... todo el mundo. Espero ser un buen secretario.

LORD ILLINGWORTH.—Será usted el secretario modelo, Gerald.
[Habla con él.]

MRS. ALLONBY.—¿Le gusta la vida de campo, Miss Worsley?

HESTER.—Muchísimo.

MRS. ALLONBY.—¿No se encuentra deseando una cena en Londres?

HESTER.—No me gustan las cenas en Londres.

MRS. ALLONBY.—Yo las adoro. La gente inteligente nunca escucha, y la gente estúpida nunca habla.

HESTER.—Creo que la gente estúpida habla muchísimo.

MRS. ALLONBY.—Ah, iyo nunca escucho!

LORD ILLINGWORTH.—Mi querido muchacho, si no me gustara no le habría hecho la oferta. Es porque me gusta tanto por lo que quiero que esté conmigo. [Salen HESTER y GERALD.]

¡Encantador muchacho, Gerald Arbuthnot!

MRS. ALLONBY.—Es muy agradable; muy agradable, en efecto. Pero no soporto a la jovencita americana.

LORD ILLINGWORTH.—¿Por qué?

MRS. ALLONBY.—Porque ayer me dijo, y además en voz bastante alta, que solo tenía dieciocho años. Fue de lo más molesto.

LORD ILLINGWORTH.—Nunca se debe confiar en una mujer que le dice a uno su edad verdadera. Una mujer capaz de decir eso sería capaz de decirle a uno cualquier cosa.

MRS. ALLONBY.—Además, es puritana...

LORD ILLINGWORTH.—Ah, eso es imperdonable. No me importa que las mujeres poco agradadas sean puritanas. Es la única excusa que tienen para ser poco agradadas. Pero ella es decididamente bonita. La admiro muchísimo. [Mira fijamente a MRS. ALLONBY.]

MRS. ALLONBY.—¡Qué hombre tan rematadamente malo debe de ser usted!

LORD ILLINGWORTH.—¿Qué llama usted un hombre malo?

MRS. ALLONBY.—El tipo de hombre que admira la inocencia.

LORD ILLINGWORTH.—¿Y una mujer mala?

MRS. ALLONBY.—Oh, el tipo de mujer del que un hombre nunca se cansa.

LORD ILLINGWORTH.—Es usted severa... consigo misma.

MRS. ALLONBY.—Defínanos como sexo.

LORD ILLINGWORTH.—Esfinges sin secretos.

MRS. ALLONBY.—¿Eso incluye a las mujeres puritanas?

LORD ILLINGWORTH.—¿Sabe? No creo en la existencia de mujeres puritanas. No creo que haya una mujer en el mundo que no se sintiera un poco halagada si alguien le hiciera el amor. Eso es lo que vuelve a las mujeres tan irresistiblemente adorables.

MRS. ALLONBY.—¿Usted cree que no hay ninguna mujer en el mundo que se opusiera a que la besaran?

LORD ILLINGWORTH.—Muy pocas.

MRS. ALLONBY.—Miss Worsley no le dejaría besarla.

LORD ILLINGWORTH.—¿Está usted segura?

MRS. ALLONBY.—Completamente.

LORD ILLINGWORTH.—¿Qué cree usted que haría si la besara?

MRS. ALLONBY.—O se casaría con usted, o le cruzaría la cara con el guante. ¿Qué haría usted si le cruzara la cara con el guante?

LORD ILLINGWORTH.—Probablemente enamorarme de ella.

MRS. ALLONBY.—¡Entonces es una suerte que no vaya a besarla!

LORD ILLINGWORTH.—¿Eso es un desafío?

MRS. ALLONBY.—Es una flecha lanzada al aire.

LORD ILLINGWORTH.—¿No sabe que siempre tengo éxito en todo lo que intento?

MRS. ALLONBY.—Lamento oírlo. Nosotras, las mujeres, adoramos los fracasos. Se apoyan en nosotras.

LORD ILLINGWORTH.—Ustedes adoran los éxitos. Se aferran a ellos.

MRS. ALLONBY.—Somos los laureles que esconden su calvicie.

LORD ILLINGWORTH.—Y siempre las necesitan, salvo en el momento del triunfo.

MRS. ALLONBY.—Entonces no interesan.

LORD ILLINGWORTH.—¡Qué tentadora es usted! [Pausa.]

MRS. ALLONBY.—Lord Illingworth, hay una cosa por la que siempre me caerá bien.

LORD ILLINGWORTH.—¿Solo una cosa? Y yo tengo tantas cualidades malas...

MRS. ALLONBY.—Ah, no sea usted tan presumido con ellas. Puede perderlas a medida que envejece.

LORD ILLINGWORTH.—Yo no pienso envejecer nunca. El alma nace vieja, pero se vuelve joven. Esa es la comedia de la vida.

MRS. ALLONBY.—Y el cuerpo nace joven y envejece. Esa es la tragedia de la vida.

LORD ILLINGWORTH.—También su comedia, a veces. Pero ¿cuál es la misteriosa razón por la que siempre me caeré bien?

MRS. ALLONBY.—Es que usted nunca me ha hecho el amor.

LORD ILLINGWORTH.—Nunca he hecho otra cosa.

MRS. ALLONBY.—¿De veras? No me he dado cuenta.

LORD ILLINGWORTH.—¡Qué suerte! Podría haber sido una tragedia para los dos.

MRS. ALLONBY.—Los dos habríamos sobrevivido.

LORD ILLINGWORTH.—Hoy en día se puede sobrevivir a todo, excepto a la muerte, y se puede hacer que se olvide cualquier cosa, excepto una buena reputación.

MRS. ALLONBY.—¿Ha probado usted una buena reputación?

LORD ILLINGWORTH.—Es una de las muchas molestias a las que nunca me he visto sometido.

MRS. ALLONBY.—Podría llegar.

LORD ILLINGWORTH.—¿Por qué me amenaza usted?

MRS. ALLONBY.—Se lo diré cuando haya besado a la puritana.

[Entra un lacayo.]

FRANCIS.—El té está servido en el Salón Amarillo, mi lord.

LORD ILLINGWORTH.—Dígale a su señoría que vamos enseguida.

FRANCIS.—Sí, mi lord. [Sale.]

LORD ILLINGWORTH.—¿Entramos a tomar el té?

MRS. ALLONBY.—¿Le gustan placeres tan sencillos?

LORD ILLINGWORTH.—Adoro los placeres sencillos. Son el último refugio de lo complejo. Pero, si usted quiere, quedémonos aquí. Sí, quedémonos aquí. El Libro de la Vida empieza con un hombre y una mujer en un jardín.

MRS. ALLONBY.—Termina con el Apocalipsis.

LORD ILLINGWORTH.—Esgrime usted divinamente. Pero se le ha soltado el botón del florete.

MRS. ALLONBY.—Aún tengo la careta.

LORD ILLINGWORTH.—Le vuelve más hermosos los ojos.

MRS. ALLONBY.—Gracias. Vamos.

LORD ILLINGWORTH.—[Ve la carta de MRS. ARBUTHNOT sobre la mesa, la toma y mira el sobre.] ¡Qué letra tan curiosa! Me recuerda la letra de una mujer a la que conocí hace años.

MRS. ALLONBY.—¿Quién?

LORD ILLINGWORTH.—Oh, nadie. Nadie en particular. Una mujer sin importancia. [Deja caer la carta y sube los escalones de la terraza con MRS. ALLONBY. Se sonríen.]

TELÓN.

SEGUNDO ACTO

ESCENA

Salón de Hunstanton, después de la cena; lámparas encendidas.
Puerta I.C. Puerta D.C.

[Las damas están sentadas en sofás.]

MRS. ALLONBY.—¡Qué alivio habernos librado de los hombres un ratito!

LADY STUTFIELD.—Sí; los hombres nos persiguen horriblemente, ¿verdad?

MRS. ALLONBY.—¿Perseguirnos? Ojalá lo hicieran.

LADY HUNSTANTON.—¡Querida!

MRS. ALLONBY.—Lo irritante es que los miserables pueden ser perfectamente felices sin nosotras. Por eso creo que es deber de toda mujer no dejarlos solos ni un solo instante, excepto durante este breve respiro después de la cena; sin el cual creo que nosotras, pobres mujeres, acabaríamos reducidas a sombras.

[Entran los criados con el café.]

LADY HUNSTANTON.—¿Reducidas a sombras, querida?

MRS. ALLONBY.—Sí, Lady Hunstanton. Es un esfuerzo enorme mantener a los hombres a la altura. Siempre están intentando escaparse de nosotras.

LADY STUTFIELD.—A mí me parece que somos nosotras quienes siempre intentamos escapar de ellos. Los hombres son tan, tan despiadados. Conocen su poder y lo usan.

LADY CAROLINE.—[Toma el café que le ofrece un criado.] ¡Qué tonterías y disparates todo esto de los hombres! Lo que hay que hacer es mantener a los hombres en su sitio.

MRS. ALLONBY.—¿Y cuál es su sitio, Lady Caroline?

LADY CAROLINE.—Cuidar de sus esposas, Mrs. Allonby.

MRS. ALLONBY.—[Toma el café que le ofrece un criado.] ¿Ah, sí? ¿Y si no están casados?

LADY CAROLINE.—Si no están casados, deberían estar cuidando de una esposa. Es perfectamente escandaloso el número de solteros que anda por ahí en sociedad. Debería aprobarse una ley para obligarlos a casarse a todos en el plazo de doce meses.

LADY STUTFIELD.—[Rechaza el café.] Pero si están enamorados de alguien que, quizá, está ligada a otro...

LADY CAROLINE.—En ese caso, Lady Stutfield, habría que casarlos en una semana con alguna muchacha honrada y poco agraciada, para enseñarles a no entrometerse con la propiedad ajena.

MRS. ALLONBY.—No creo que deban hablar de nosotras como de la propiedad de otros. Todos los hombres son propiedad de las mujeres casadas. Esa es la única definición verdadera de lo que de veras es la propiedad de las mujeres casadas. Pero nosotras no pertenecemos a nadie.

LADY STUTFIELD.—Oh, me alegra muchísimo, muchísimo oírlo decir eso.

LADY HUNSTANTON.—Pero ¿de verdad crees, querida Caroline, que una ley mejoraría las cosas de algún modo? Me dicen que hoy en día todos los hombres casados viven como solteros, y todos los solteros como hombres casados.

MRS. ALLONBY.—Yo, desde luego, nunca distingo a unos de otros.

LADY STUTFIELD.—Oh, yo creo que siempre se sabe al instante si un hombre tiene o no obligaciones domésticas. He notado una expresión muy, muy triste en los ojos de tantos hombres casados...

MRS. ALLONBY.—Ah, yo lo único que he notado es que son horriblemente tediosos cuando son buenos maridos y abominablemente engreídos cuando no lo son.

LADY HUNSTANTON.—Bueno, supongo que el tipo de marido ha cambiado por completo desde mis tiempos, pero debo decir que el pobre, querido Hunstanton era la criatura más deliciosa y tan bueno como el oro.

MRS. ALLONBY.—Ah, mi marido es una especie de pagaré; estoy cansada de encontrarme con él.

LADY CAROLINE.—Pero lo renueva usted de vez en cuando, ¿no?

MRS. ALLONBY.—Oh, no, Lady Caroline. Hasta ahora solo he tenido un marido. Supongo que me considerará usted una aficionada.

LADY CAROLINE.—Con sus ideas sobre la vida, me extraña que se haya casado.

MRS. ALLONBY.—A mí también.

LADY HUNSTANTON.—Hija mía, estoy convencida de que en realidad es usted muy feliz en su vida matrimonial, pero que le gusta ocultar su felicidad a los demás.

MRS. ALLONBY.—Le aseguro que Ernest me decepcionó horriblemente.

LADY HUNSTANTON.—Oh, espero que no, querida. Conocí bastante bien a su madre. Era una Stratton, Caroline, una de las hijas de Lord Crowland.

LADY CAROLINE.—¿Victoria Stratton? La recuerdo perfectamente. Una mujer rubia y tonta, sin barbilla.

MRS. ALLONBY.—Ah, Ernest sí tiene barbilla. Tiene una barbilla muy fuerte, cuadrada. La barbilla de Ernest es demasiado cuadrada.

LADY STUTFIELD.—Pero ¿de verdad cree que una barbilla puede ser demasiado cuadrada? Yo creo que un hombre debe parecer muy, muy fuerte, y que su barbilla debe ser bien, bien cuadrada.

MRS. ALLONBY.—Entonces sin duda debería conocer a Ernest, Lady Stutfield. Solo es justo advertirle de antemano que no tiene conversación en absoluto.

LADY STUTFIELD.—Adoro a los hombres silenciosos.

MRS. ALLONBY.—Oh, Ernest no es silencioso. Habla todo el tiempo. Pero no tiene conversación. De qué habla, no lo sé. Hace años que no lo escucho.

LADY STUTFIELD.—¿Entonces no lo ha perdonado nunca? ¡Qué triste parece eso! Pero toda la vida es muy, muy triste, ¿no?

MRS. ALLONBY.—La vida, Lady Stutfield, es simplemente un *mauvais quart d'heure* compuesto de momentos exquisitos.

LADY STUTFIELD.—Sí, hay momentos, desde luego. Pero ¿hizo algo muy, muy malo Mr. Allonby? ¿Se enfadó con usted y dijo algo que fuera cruel... o cierto?

MRS. ALLONBY.—Oh, no, querida. Ernest está invariablemente calmado. Esa es una de las razones por las que siempre me pone de los nervios. Nada hay tan irritante como la calma. Hay algo positivamente brutal en el buen humor de la mayoría de los hombres modernos. Me pregunto cómo lo soportamos las mujeres tan bien como lo soportamos.

LADY STUTFIELD.—Sí; el buen humor de los hombres demuestra que no son tan sensibles como nosotras, no tan delicados. A menudo crea una gran barrera entre marido y mujer, ¿verdad? Pero me gustaría muchísimo saber qué fue lo malo que hizo Mr. Allonby.

MRS. ALLONBY.—Bien, se lo diré, si promete solemnemente contárselo a todo el mundo.

LADY STUTFIELD.—Gracias, gracias. Me propondré repetirlo.

MRS. ALLONBY.—Cuando Ernest y yo estábamos prometidos, me juró, de rodillas, que nunca había amado a nadie antes en toda su vida. Yo era muy joven entonces, así que no le creí, no hace falta que se lo diga. Por desgracia, sin embargo, no hice ninguna averiguación de ningún tipo hasta después de llevar ya cuatro o cinco meses casada. Entonces descubrí que lo que me había dicho era perfectamente cierto. Y ese tipo de cosas vuelve a un hombre absolutamente desinteresante.

LADY HUNSTANTON.—¡Querida!

MRS. ALLONBY.—Los hombres siempre quieren ser el primer amor de una mujer. Esa es su torpe vanidad. Nosotras, las mujeres, tenemos un instinto más sutil. Lo que nos gusta es ser el último romance de un hombre.

LADY STUTFIELD.—Entiendo lo que quiere decir. Es muy, muy hermoso.

LADY HUNSTANTON.—Hija mía, ¿no querrás decirme que no perdonas a tu marido porque no haya amado a ninguna otra? ¿Habías oído algo semejante, Caroline? Me deja sorprendida.

LADY CAROLINE.—Oh, las mujeres se han vuelto tan instruidas, Jane, que hoy en día nada debería sorprendernos, excepto los matrimonios felices. Al parecer, se están volviendo extraordinariamente raros.

MRS. ALLONBY.—Oh, están totalmente pasados de moda.

LADY STUTFIELD.—Excepto entre las clases medias, me han dicho.

MRS. ALLONBY.—¡Qué propio de las clases medias!

LADY STUTFIELD.—Sí, ¿verdad? Muy, muy propio de ellas.

LADY CAROLINE.—Si lo que nos cuenta sobre las clases medias es cierto, Lady Stutfield, las honra mucho. Es muy de lamentar que, en nuestro rango, la esposa sea tan persistentemente frívola, bajo la

impresión, al parecer, de que es lo correcto. A eso atribuyo yo la infelicidad de tantos matrimonios que todos conocemos en sociedad.

MRS. ALLONBY.—¿Sabe, Lady Caroline? Yo no creo que la frivolidad de la esposa tenga nada que ver. Hoy en día se arruinan más matrimonios por el sentido común del marido que por cualquier otra cosa. ¿Cómo puede esperarse que una mujer sea feliz con un hombre que insiste en tratarla como si fuera un ser perfectamente racional?

LADY HUNSTANTON.—¡Querida!

MRS. ALLONBY.—El hombre, pobre, torpe, fiable, necesario hombre, pertenece a un sexo que ha sido racional durante millones y millones de años. No puede evitarlo. Lo lleva en la sangre. La historia de la mujer es muy distinta. Siempre hemos sido protestas pintorescas contra la mera existencia del sentido común. Vimos sus peligros desde el principio.

LADY STUTFIELD.—Sí, el sentido común de los maridos es ciertamente de lo más, de lo más desesperante. Dígame su concepción del marido ideal. Creo que sería tan, tan útil...

MRS. ALLONBY.—¿El marido ideal? No puede existir tal cosa. La institución es errónea.

LADY STUTFIELD.—El hombre ideal, entonces, en sus relaciones con nosotras.

LADY CAROLINE.—Probablemente sería extremadamente realista.

MRS. ALLONBY.—¡El hombre ideal! Oh, el hombre ideal debería hablarnos como si fuéramos diosas y tratarnos como si fuéramos niñas. Debería negarse a todas nuestras peticiones serias y satisfacer cada uno de nuestros caprichos. Debería animarnos a tener veleidades y prohibirnos tener misiones. Debería decir siempre mucho más de lo que quiere decir y querer decir siempre mucho más de lo que dice.

LADY HUNSTANTON.—Pero ¿cómo podría hacer ambas cosas, querida?

MRS. ALLONBY.—Nunca debería hablar mal de otras mujeres bonitas. Eso demostraría que no tiene gusto, o haría sospechar que tiene demasiado. No; debería ser amable con todas, pero decir que, de algún modo, no le atraen.

LADY STUTFIELD.—Sí, eso siempre es muy, muy agradable de oír sobre otras mujeres.

MRS. ALLONBY.—Si le hacemos una pregunta sobre cualquier cosa, debería darnos una respuesta que tratara únicamente sobre nosotras. Debería alabarnos invariablemente por las cualidades que sabe que no tenemos. Pero debería ser implacable, absolutamente implacable, en reprocharnos las virtudes que jamás hemos soñado poseer. Nunca debería creer que sabemos para qué sirven las cosas útiles. Eso sería imperdonable. Pero debería colmarnos de todo lo que no queremos.

LADY CAROLINE.—Por lo que veo, no tiene que hacer nada más que pagar facturas y cumplidos.

MRS. ALLONBY.—Debería comprometernos constantemente en público y tratarnos con absoluto respeto cuando estemos a solas. Y, sin embargo, debería estar siempre dispuesto a montar una escena espantosa cuando nos apetezca, y a volverse desgraciado, absolutamente desgraciado, en un instante, y a abrumarnos con reproches justos en menos de veinte minutos, y a ponerse positivamente violento al cabo de media hora, y a abandonarnos para siempre a las ocho menos cuarto, cuando tenemos que ir a vestirnos para la cena. Y cuando, después de eso, una lo ha visto realmente por última vez, y él se ha negado a recoger las pequeñas cosas que le ha dado a una, y ha prometido no volver a comunicarse jamás, ni escribir cartas tontas, debería estar completamente destrozado y telegrafiarle a una todo el día, y mandarle notitas cada media hora en un hansom particular, y cenar completamente solo en el club, para que todo el mundo supiera lo desgraciado que era. Y después de una semana entera espantosa, durante la cual una ha ido a todas partes con su marido, solo para demostrar lo absolutamente sola que estaba, se le puede conceder una tercera

última despedida, por la noche; y entonces, si su conducta ha sido irreprochable y una se ha portado realmente mal con él, debería permitírsele admitir que ha estado completamente equivocado; y cuando lo ha admitido, se convierte en deber de la mujer perdonar, y se puede volver a empezar desde el principio, con variaciones.

LADY HUNSTANTON.—¡Qué ingeniosa es, hija mía! No quiere decir ni una sola palabra de lo que dice.

LADY STUTFIELD.—Gracias, gracias. Ha sido absolutamente, absolutamente fascinante. Debo intentar recordarlo todo. Hay tantos detalles que son tan, tan importantes...

LADY CAROLINE.—Pero todavía no nos ha dicho cuál ha de ser la recompensa del hombre ideal.

MRS. ALLONBY.—¿Su recompensa? Oh, una expectativa infinita. Eso le basta.

LADY STUTFIELD.—Pero los hombres son tan terriblemente, terriblemente exigentes, ¿no?

MRS. ALLONBY.—Eso no importa. Nunca se debe rendir una.

LADY STUTFIELD.—¿Ni siquiera ante el hombre ideal?

MRS. ALLONBY.—Desde luego que no ante él. A menos, claro, que una quiera cansarse de él.

LADY STUTFIELD.—Oh... sí. Lo entiendo. Es muy, muy útil. ¿Cree usted, Mrs. Allonby, que algún día conoceré al hombre ideal? ¿O hay más de uno?

MRS. ALLONBY.—Hay exactamente cuatro en Londres, Lady Stutfield.

LADY HUNSTANTON.—¡Oh, querida mía!

MRS. ALLONBY.—[Se acerca a ella.] ¿Qué ha ocurrido? Dígamelo.

LADY HUNSTANTON.—[En voz baja.] Había olvidado por completo que la jovencita americana lleva todo el tiempo en la habitación. Me

temo que parte de esta charla tan ingeniosa puede haberla escandalizado un poco.

MRS. ALLONBY.—Ah, ideo le hará muchísimo bien!

LADY HUNSTANTON.—Confiemos en que no haya entendido gran cosa. Creo que será mejor que vaya a hablar con ella. [Se levanta y cruza hasta HESTER WORSLEY.] Bueno, querida Miss Worsley. [Sentándose a su lado.] ¡Qué calladita ha estado en su rinconcito todo este tiempo! Supongo que habrá estado leyendo un libro. Hay tantos libros aquí en la biblioteca...

HESTER.—No, he estado escuchando la conversación.

LADY HUNSTANTON.—No debe creer todo lo que se dijo, ya sabe, querida.

HESTER.—No creí nada.

LADY HUNSTANTON.—Eso está muy bien, querida.

HESTER.—[Continúa.] No podía creer que unas mujeres pudieran sostener de verdad semejantes ideas sobre la vida como las que he oído esta noche a algunas de sus invitadas. [Pausa incómoda.]

LADY HUNSTANTON.—He oído que tienen ustedes una sociedad muy agradable en América. En algunos lugares, bastante parecida a la nuestra, me escribió mi hijo.

HESTER.—Hay camarillas en América como en todas partes, Lady Hunstanton. Pero la verdadera sociedad americana consiste sencillamente en todas las mujeres buenas y los hombres buenos que hay en nuestro país.

LADY HUNSTANTON.—Qué sistema tan sensato; y me atrevo a decir que bastante agradable también. Me temo que en Inglaterra tenemos demasiadas barreras sociales artificiales. No vemos tanto como deberíamos a las clases medias y bajas.

HESTER.—En América no tenemos clases bajas.

LADY HUNSTANTON.—¿De veras? ¡Qué arreglo tan extraño!

MRS. ALLONBY.—¿De qué está hablando esa muchacha tan espantosa?

LADY STUTFIELD.—Es dolorosamente natural, ¿verdad?

LADY CAROLINE.—Me han dicho, Miss Worsley, que hay muchas cosas de las que carecen en América. Dicen que no tienen ruinas ni curiosidades.

MRS. ALLONBY.—[A LADY STUTFIELD.] ¡Qué tontería! Tienen a sus madres y sus modales.

HESTER.—La aristocracia inglesa nos abastece de curiosidades, Lady Caroline. Nos las envían todos los veranos, puntualmente, en los vapores, y nos proponen matrimonio al día siguiente de desembarcar. En cuanto a las ruinas, nosotros intentamos construir algo que dure más que el ladrillo o la piedra. [Se levanta a coger su abanico de la mesa.]

LADY HUNSTANTON.—¿Qué es eso, querida? Ah, sí, una Exposición de hierro, ¿no?, en ese lugar de nombre tan curioso.

HESTER.—[De pie junto a la mesa.] Intentamos edificar la vida, Lady Hunstanton, sobre una base mejor, más verdadera, más pura que aquella sobre la que descansa aquí. Esto les sonará extraño a ustedes, sin duda. ¿Cómo podría sonar de otro modo que extraño? Ustedes, los ricos de Inglaterra, no saben cómo viven. ¿Cómo podrían saberlo? Excluyen de su sociedad a los mansos y a los buenos. Se ríen de los sencillos y de los puros. Viviendo, como viven todos ustedes, de los demás y por los demás, se burlan del sacrificio, y si arrojan pan a los pobres es solo para mantenerlos en calma una temporada. Con toda su pompa, su riqueza y su arte, no saben vivir; ni siquiera saben que no saben vivir. Aman la belleza que se puede ver, tocar y manejar; la belleza que se puede destruir y que destruyen; pero de la belleza invisible de la vida, de la belleza invisible de una vida más alta, no saben nada. Han perdido el secreto de la vida. Oh, su sociedad inglesa me parece superficial, egoísta, necia. Se ha cegado los ojos y se ha tapado los oídos. Yace

como un leproso vestido de púrpura. Se sienta como una cosa muerta, embadurnada de oro. Todo está mal, mal.

LADY STUTFIELD.—No creo que una deba saber esas cosas. No es muy, muy agradable, ¿verdad?

LADY HUNSTANTON.—Querida Miss Worsley, yo creía que a usted le gustaba tanto la sociedad inglesa. Ha tenido tanto éxito en ella. Y la han admirado tanto las mejores personas... Ya no recuerdo qué dijo Lord Henry Weston de usted, pero fue muy halagador, y ya sabe usted qué autoridad es él en cuestiones de belleza.

HESTER.—¡Lord Henry Weston! Lo recuerdo, Lady Hunstanton. Un hombre con una sonrisa horrible y un pasado horrible. Lo invitan a todas partes. Ninguna cena está completa sin él. ¿Y qué hay de aquellos cuya ruina se debe a él? Son proscritos. No tienen nombre. Si los encontrara en la calle apartaría la cabeza. No me quejo de su castigo. Que todas las mujeres que hayan pecado sean castigadas.

[MRS. ARBUTHNOT entra desde la terraza de detrás, con capa y un velo de encaje sobre la cabeza. Oye las últimas palabras y se sobresalta.]

LADY HUNSTANTON.—¡Querida jovencita!

HESTER.—Es justo que sean castigadas, pero no dejen que sean las únicas que sufran. Si un hombre y una mujer han pecado, que ambos salgan al desierto a amarse o a odiarse allí. Que ambos queden marcados. Pongan, si quieren, una señal en cada uno, pero no castiguen a una y dejen libre al otro. No tengan una ley para los hombres y otra para las mujeres. Son ustedes injustos con las mujeres en Inglaterra. Y hasta que lo que es vergüenza en una mujer no sea infamia en un hombre, siempre serán injustos, y el Bien, esa columna de fuego, y el Mal, esa columna de nube, se volverán tenues a sus ojos, o no se verán en absoluto, o, si se ven, no se les hará caso.

LADY CAROLINE.—¿Podría, querida Miss Worsley, ya que está usted de pie, pedirme el algodón que está justo detrás de usted? Gracias.

LADY HUNSTANTON.—¡Querida Mrs. Arbuthnot! Me alegra muchísimo que haya subido. Pero no la oí anunciar.

MRS. ARBUTHNOT.—Oh, entré directamente desde la terraza, Lady Hunstanton, tal como estaba. No me dijo que tenía invitados.

LADY HUNSTANTON.—No es una fiesta. Solo unos pocos huéspedes que se alojan en la casa, y a quienes debe conocer. Permítame... [Intenta ayudarla. Toca el timbre.] Caroline, esta es Mrs. Arbuthnot, una de mis amigas más dulces. Lady Caroline Pontefract, Lady Stutfield, Mrs. Allonby, y mi joven amiga americana, Miss Worsley, que acaba de decirnos a todos lo malvados que somos.

HESTER.—Me temo que cree que hablé con demasiada vehemencia, Lady Hunstanton. Pero hay algunas cosas en Inglaterra...

LADY HUNSTANTON.—Querida jovencita, había mucha verdad, me atrevo a decir, en lo que dijo; y además estaba usted muy bonita mientras lo decía, que es mucho más importante, según nos diría Lord Illingworth. El único punto en el que pensé que era usted un poco dura fue con el hermano de Lady Caroline, con el pobre Lord Henry. La verdad es que es tan buena compañía...

[Entra un lacayo.]

LADY HUNSTANTON.—Llévese las cosas de Mrs. Arbuthnot. [Sale el lacayo con los abrigos.]

HESTER.—Lady Caroline, no tenía idea de que fuera su hermano. Siento el dolor que debo de haberle causado; yo...

LADY CAROLINE.—Querida Miss Worsley, la única parte de su pequeño discurso, si me permite llamarlo así, con la que estuve enteramente de acuerdo fue la parte sobre mi hermano. Nada de lo que usted pudiera decir sería demasiado malo para él. Considero a Henry infame, absolutamente infame. Pero debo reconocer, como estabas comentando, Jane, que es una compañía excelente, y tiene uno de los mejores cocineros de Londres, y después de una buena

cena una puede perdonar a cualquiera, incluso a los propios parientes.

LADY HUNSTANTON.—[A MISS WORSLEY.] Ahora, venga, querida, y hágase amiga de Mrs. Arbuthnot. Es una de esas personas buenas, dulces y sencillas que usted nos dijo que nunca admitimos en sociedad. Me apena decir que Mrs. Arbuthnot viene muy rara vez a verme. Pero no es culpa mía.

MRS. ALLONBY.—¡Qué lata que los hombres se queden tanto tiempo después de la cena! Apostaría a que están diciendo las cosas más espantosas sobre nosotras.

LADY STUTFIELD.—¿De verdad cree eso?

MRS. ALLONBY.—Estoy segura.

LADY STUTFIELD.—¡Qué muy, muy horrible por su parte! ¿Vamos a la terraza?

MRS. ALLONBY.—Oh, cualquier cosa con tal de alejarnos de las viejas y las sosas. [Se levanta y va con LADY STUTFIELD hacia la puerta I.C.] Solo vamos a mirar las estrellas, Lady Hunstanton.

LADY HUNSTANTON.—Encontrarán muchas, querida, muchísimas. Pero no cojan frío. [A MRS. ARBUTHNOT.] Todas echaremos tanto de menos a Gerald, querida Mrs. Arbuthnot.

MRS. ARBUTHNOT.—¿Pero de veras Lord Illingworth se ha ofrecido a hacer a Gerald su secretario?

LADY HUNSTANTON.—¡Oh, sí! Ha sido encantador al respecto. Tiene la mejor opinión posible de su muchacho. No conoce a Lord Illingworth, creo, querida.

MRS. ARBUTHNOT.—Nunca lo he conocido.

LADY HUNSTANTON.—Por su nombre, sin duda, sí.

MRS. ARBUTHNOT.—Me temo que no. Vivo tan apartada del mundo y veo a tan poca gente... Recuerdo haber oído hace años hablar de un viejo Lord Illingworth que vivía en Yorkshire, creo.

LADY HUNSTANTON.—Ah, sí. Ese sería el penúltimo conde. Era un hombre muy extraño. Quería casarse por debajo de su rango. O no quería, creo. Hubo algún escándalo. El actual Lord Illingworth es muy distinto. Es muy distinguido. Él hace... bueno, no hace nada, lo cual me temo que nuestra bonita visitante americana considera muy malo en cualquiera, y no sé si le importan mucho los asuntos que a usted tanto le interesan, querida Mrs. Arbuthnot. ¿Cree usted, Caroline, que Lord Illingworth está interesado en la vivienda de los pobres?

LADY CAROLINE.—Me imagino que en absoluto, Jane.

LADY HUNSTANTON.—Todos tenemos gustos diferentes, ¿no es cierto? Pero Lord Illingworth ocupa una posición muy elevada, y no hay nada que no pudiera conseguir si decidiera pedirlo. Desde luego, sigue siendo un hombre relativamente joven, y solo heredó el título hace... ¿cuánto exactamente, Caroline, hace que Lord Illingworth sucedió?

LADY CAROLINE.—Unos cuatro años, creo, Jane. Sé que fue el mismo año en que mi hermano tuvo su última exposición en los periódicos vespertinos.

LADY HUNSTANTON.—Ah, lo recuerdo. Eso sería hace unos cuatro años. Claro, hubo mucha gente entre el actual Lord Illingworth y el título, Mrs. Arbuthnot. Estaba... ¿quién estaba, Caroline?

LADY CAROLINE.—Estaba el bebé de la pobre Margaret. Recuerda lo ansiosa que estaba por tener un niño, y fue niño, pero murió, y su marido murió poco después, y ella se casó casi inmediatamente con uno de los hijos de Lord Ascot, que, según me dicen, le pega.

LADY HUNSTANTON.—Ah, eso es de familia, querida, eso es de familia. Y también había, lo recuerdo, un clérigo que quería ser un loco, o un loco que quería ser clérigo, no recuerdo cuál, pero sé que el Tribunal de la Cancillería investigó el asunto y decidió que estaba perfectamente cuerdo. Y lo vi después en casa del pobre Lord Plumstead, con paja en el pelo, o algo muy raro en él. No logro

recordar qué era. A menudo lamento, Lady Caroline, que la querida Lady Cecilia no viviera para ver a su hijo heredar el título.

MRS. ARBUTHNOT.—¿Lady Cecilia?

LADY HUNSTANTON.—La madre de Lord Illingworth, querida Mrs. Arbuthnot, era una de las bonitas hijas de la duquesa de Jerningham, y se casó con Sir Thomas Harford, que en aquel tiempo no se consideraba un gran partido para ella, aunque decían que era el hombre más guapo de Londres. Yo los conocí a todos íntimamente, y también a los dos hijos, Arthur y George.

MRS. ARBUTHNOT.—El hijo mayor fue el que heredó, claro, Lady Hunstanton.

LADY HUNSTANTON.—No, querida; murió en el campo, cazando. ¿O fue pescando, Caroline? Lo olvido. Pero George lo heredó todo. Siempre le digo que ningún hijo menor ha tenido nunca tanta suerte como él.

MRS. ARBUTHNOT.—Lady Hunstanton, quiero hablar con Gerald ahora mismo. ¿Podría verlo? ¿Se le puede mandar llamar?

LADY HUNSTANTON.—Por supuesto, querida. Enviaré a uno de los criados al comedor a buscarlo. No sé qué retiene tanto a los caballeros. [Toca el timbre.] Cuando conocí a Lord Illingworth por primera vez, siendo el simple George Harford, era solo un joven brillantísimo de los de “gran mundo”, sin un penique salvo lo que la pobre, querida Lady Cecilia le daba. Ella estaba completamente entregada a él. Principalmente, me temo, porque estaba mal con su padre. Oh, aquí está el querido arcediano. [Al criado.] No importa.

[Entran SIR JOHN y el DOCTOR DAUBENY. SIR JOHN va hacia LADY STUTFIELD; el DOCTOR DAUBENY hacia LADY HUNSTANTON.]

EL ARCEDIANO.—Lord Illingworth ha estado de lo más entretenido. Nunca me he divertido más. [Ve a MRS. ARBUTHNOT.] Ah, Mrs. Arbuthnot.

LADY HUNSTANTON.—[Al DOCTOR DAUBENY.] Ve, por fin he logrado que Mrs. Arbuthnot venga a verme.

EL ARCEDIANO.—Es un gran honor, Lady Hunstanton. Mrs. Daubeny estará celosísima de usted.

LADY HUNSTANTON.—Ah, cuánto siento que Mrs. Daubeny no pudiera venir con usted esta noche. Dolor de cabeza como siempre, supongo.

EL ARCEDIANO.—Sí, Lady Hunstanton; una mártir perfecta. Pero es más feliz sola. Es más feliz sola.

LADY CAROLINE.—[A su marido.] ¡John! [SIR JOHN se acerca a su esposa. El DOCTOR DAUBENY habla con LADY HUNSTANTON y MRS. ARBUTHNOT.]

[MRS. ARBUTHNOT observa a LORD ILLINGWORTH todo el tiempo. Él ha cruzado la habitación sin advertirla y se aproxima a MRS. ALLONBY, que, con LADY STUTFIELD, está junto a la puerta que da a la terraza.]

LORD ILLINGWORTH.—¿Cómo está la mujer más encantadora del mundo?

MRS. ALLONBY.—[Tomando de la mano a LADY STUTFIELD.] Las dos estamos muy bien, gracias, Lord Illingworth. Pero ¡qué poco tiempo ha estado usted en el comedor! Parece como si acabáramos de salir.

LORD ILLINGWORTH.—Me aburrí mortalmente. No abrí la boca en todo el rato. Deseando venir con usted.

MRS. ALLONBY.—Debería haberlo hecho. La muchacha americana nos ha estado dando una lección.

LORD ILLINGWORTH.—¿De veras? Creo que todos los americanos dan lecciones. Supongo que es cosa de su clima. ¿Sobre qué nos dio la lección?

MRS. ALLONBY.—Oh, sobre el puritanismo, por supuesto.

LORD ILLINGWORTH.—Voy a convertirla, ¿no es así? ¿Cuánto me concede?

MRS. ALLONBY.—Una semana.

LORD ILLINGWORTH.—Una semana es más que suficiente.
[Entran GERALD y LORD ALFRED.]

GERALD.—[Yendo hacia MRS. ARBUTHNOT.] ¡Madre querida!

MRS. ARBUTHNOT.—Gerald, no me encuentro nada bien. Llévame a casa, Gerald. No debería haber venido.

GERALD.—Lo siento muchísimo, madre. Por supuesto. Pero antes tiene que conocer a Lord Illingworth. [Cruza la habitación.]

MRS. ARBUTHNOT.—Esta noche no, Gerald.

GERALD.—Lord Illingworth, tengo muchas ganas de que conozca a mi madre.

LORD ILLINGWORTH.—Con el mayor placer. [A MRS. ALLONBY.] Vuelvo en un momento. Las madres de los demás siempre me aburren mortalmente. Todas las mujeres se vuelven como sus madres. Esa es su tragedia.

MRS. ALLONBY.—Ningún hombre lo hace. Esa es la suya.

LORD ILLINGWORTH.—¡Qué delicioso estado de ánimo tiene usted esta noche! [Se vuelve y cruza con GERALD hacia MRS. ARBUTHNOT. Al verla, retrocede sobresaltado. Luego, lentamente, sus ojos se vuelven hacia GERALD.]

GERALD.—Madre, este es Lord Illingworth, que me ha ofrecido tomarme como su secretario particular. [MRS. ARBUTHNOT se inclina con frialdad.] Es una oportunidad magnífica para mí, ¿verdad? Espero no decepcionarlo, eso es todo. Le dará las gracias a Lord Illingworth, madre, ¿verdad?

MRS. ARBUTHNOT.—Lord Illingworth es muy bueno, estoy segura, al interesarse por usted... por el momento.

LORD ILLINGWORTH.—[Poniendo la mano en el hombro de GERALD.] Oh, Gerald y yo ya somos grandes amigos, Mrs... Arbuthnot.

MRS. ARBUTHNOT.—No puede haber nada en común entre usted y mi hijo, Lord Illingworth.

GERALD.—Madre querida, ¿cómo puede decir eso? Lord Illingworth es terriblemente inteligente y todo eso. No hay nada que Lord Illingworth no sepa.

LORD ILLINGWORTH.—¡Mi querido muchacho!

GERALD.—Sabe más de la vida que nadie que yo haya conocido. Me siento un completo zoquete cuando estoy con usted, Lord Illingworth. Claro que yo he tenido tan pocas ventajas. No he ido a Eton ni a Oxford como otros chicos. Pero a Lord Illingworth parece no importarle. Ha sido buenísimo conmigo, madre.

MRS. ARBUTHNOT.—Lord Illingworth puede cambiar de idea. Puede que en realidad no lo quiera como secretario.

GERALD.—¡Madre!

MRS. ARBUTHNOT.—Debe recordar que, como usted mismo ha dicho, ha tenido muy pocas ventajas.

MRS. ALLONBY.—Lord Illingworth, quiero hablar con usted un momento. Venga, por favor.

LORD ILLINGWORTH.—¿Me disculpa, Mrs. Arbuthnot? Ahora, no deje que su encantadora madre ponga más dificultades, Gerald. La cosa está totalmente decidida, ¿verdad?

GERALD.—Eso espero. [LORD ILLINGWORTH cruza hacia MRS. ALLONBY.]

MRS. ALLONBY.—Creí que no iba a dejar nunca a la dama de terciopelo negro.

LORD ILLINGWORTH.—Es extraordinariamente hermosa. [Mira a MRS. ARBUTHNOT.]

LADY HUNSTANTON.—Caroline, ¿nos movemos todos hacia el salón de música? Miss Worsley va a tocar. Usted también vendrá, querida Mrs. Arbuthnot, ¿verdad? No sabe qué delicia le espera. [Al DOCTOR DAUBENY.] Debería llevarme a Miss Worsley alguna tarde a la rectoría. Me gustaría tanto que la querida Mrs. Daubeney la oyera

al violín. Ah, se me olvidaba: el oído de la querida Mrs. Daubeney está un poco defectuoso, ¿no es cierto?

EL ARCEDIANO.—Su sordera es una gran privación. Ya ni siquiera puede oír mis sermones. Los lee en casa. Pero tiene muchos recursos en sí misma, muchos recursos.

LADY HUNSTANTON.—Lee bastante, supongo.

EL ARCEDIANO.—Solo letra muy grande. La vista se le va rápidamente. Pero nunca está mórbida, nunca mórbida.

GERALD.—[A LORD ILLINGWORTH.] Hable con mi madre, Lord Illingworth, antes de ir al salón de música. Parece pensar, no sé por qué, que usted no habla en serio.

MRS. ALLONBY.—¿No viene usted?

LORD ILLINGWORTH.—En unos momentos. Lady Hunstanton, si Mrs. Arbuthnot me lo permite, me gustaría decirle unas palabras, y las alcanzaremos luego.

LADY HUNSTANTON.—Ah, por supuesto. Tendrá mucho que decirle, y ella mucho que agradecerle. No es todos los días que un hijo recibe una oferta así, Mrs. Arbuthnot. Pero sé que usted lo aprecia, querida.

LADY CAROLINE.—¡John!

LADY HUNSTANTON.—Ahora, no retenga demasiado a Mrs. Arbuthnot, Lord Illingworth. No podemos prescindir de ella. [Sale siguiendo a los demás invitados. Se oye el sonido de un violín desde el salón de música.]

LORD ILLINGWORTH.—Así que ese es nuestro hijo, Rachel. En fin, estoy muy orgulloso de él. Es un Harford de pies a cabeza. A propósito, ¿por qué Arbuthnot, Rachel?

MRS. ARBUTHNOT.—Un nombre es tan bueno como otro cuando una no tiene derecho a ningún nombre.

LORD ILLINGWORTH.—Supongo... Pero ¿por qué Gerald?

MRS. ARBUTHNOT.—Por un hombre cuyo corazón rompí... por mi padre.

LORD ILLINGWORTH.—Bien, Rachel, lo pasado, pasado está. Todo lo que tengo que decir ahora es que estoy muy, muy complacido con nuestro muchacho. El mundo lo conocerá solo como mi secretario particular, pero para mí será algo muy cercano y muy querido. Es curioso, Rachel: mi vida me parecía completa. No lo estaba. Le faltaba algo; le faltaba un hijo. Ya he encontrado a mi hijo, y me alegro de haberlo encontrado.

MRS. ARBUTHNOT.—No tiene derecho a reclamarlo, ni la parte más pequeña de él. El muchacho es enteramente mío y seguirá siéndolo.

LORD ILLINGWORTH.—Querida Rachel, lo ha tenido para usted sola más de veinte años. ¿Por qué no dejarme tenerlo un poco ahora? Es tan mío como suyo.

MRS. ARBUTHNOT.—¿Habla del niño que usted abandonó? ¿Del niño que, por lo que a usted respecta, podría haber muerto de hambre y de miseria?

LORD ILLINGWORTH.—Olvida, Rachel, que fue usted quien me dejó. No fui yo quien la dejó a usted.

MRS. ARBUTHNOT.—Lo dejé porque se negó a darle un nombre al niño. Antes de que mi hijo naciera, le rogué que se casara conmigo.

LORD ILLINGWORTH.—Entonces yo no tenía expectativas. Y además, Rachel, no era mucho mayor que usted. Solo tenía veintidós años. Veintiuno, creo, cuando empezó todo en el jardín de su padre.

MRS. ARBUTHNOT.—Cuando un hombre tiene edad para hacer el mal, debería tenerla también para hacer el bien.

LORD ILLINGWORTH.—Querida Rachel, las generalidades intelectuales siempre son interesantes, pero las generalidades en moral no significan absolutamente nada. En cuanto a decir que dejé a nuestro hijo para que se muriera de hambre, eso, desde luego, es

falso y absurdo. Mi madre le ofreció seiscientas al año. Pero usted no quiso aceptar nada. Simplemente desapareció y se llevó al niño.

MRS. ARBUTHNOT.—No habría aceptado ni un penique de ella. Su padre era distinto. Le dijo, en mi presencia, cuando estábamos en París, que era su deber casarse conmigo.

LORD ILLINGWORTH.—Oh, el deber es lo que uno espera de los demás; no es lo que uno hace por sí mismo. Claro que estuve influido por mi madre. Todo hombre lo está cuando es joven.

MRS. ARBUTHNOT.—Me alegra oírle decir eso. Gerald desde luego no se irá con usted.

LORD ILLINGWORTH.—¡Qué tonterías, Rachel!

MRS. ARBUTHNOT.—¿Cree usted que permitiría que mi hijo...

LORD ILLINGWORTH.—Nuestro hijo.

MRS. ARBUTHNOT.—Mi hijo... [LORD ILLINGWORTH se encoge de hombros]... se vaya con el hombre que arruinó mi juventud, que destrozó mi vida, que ha contaminado cada instante de mis días? No se imagina lo que ha sido mi pasado de sufrimiento y vergüenza.

LORD ILLINGWORTH.—Querida Rachel, debo decir con franqueza que considero el porvenir de Gerald considerablemente más importante que su pasado.

MRS. ARBUTHNOT.—Gerald no puede separar su porvenir de mi pasado.

LORD ILLINGWORTH.—Eso es precisamente lo que debería hacer. Eso es precisamente lo que usted debería ayudarlo a hacer. ¡Qué mujer tan típica es usted! Habla sentimentalmente y es completamente egoísta todo el tiempo. Pero no montemos una escena. Rachel, quiero que mire este asunto desde el punto de vista del sentido común, desde el punto de vista de lo que sea mejor para nuestro hijo, dejando a usted y a mí fuera de la cuestión. ¿Qué es nuestro hijo en este momento? Un empleado mal pagado en un pequeño banco de provincias en una ciudad inglesa de tercera

categoría. Si imagina que es completamente feliz en una posición así, se equivoca. Está profundamente descontento.

MRS. ARBUTHNOT.—No estaba descontento hasta que lo conoció a usted. Usted lo ha vuelto así.

LORD ILLINGWORTH.—Por supuesto que lo volví así. El descontento es el primer paso en el progreso de un hombre o de una nación. Pero no lo dejé con un simple anhelo de cosas que no podía conseguir. No: le hice una oferta encantadora. Se lanzó sobre ella, no hace falta decirlo. Cualquier joven lo haría. Y ahora, simplemente porque resulta que yo soy el propio padre del muchacho y él mi propio hijo, usted propone prácticamente arruinarle la carrera. Es decir: si yo fuera un perfecto desconocido, usted permitiría que Gerald se fuera conmigo; pero como es mi propia carne y sangre, no lo permitiré. ¡Qué absolutamente ilógica es usted!

MRS. ARBUTHNOT.—No permitiré que se vaya.

LORD ILLINGWORTH.—¿Cómo puede impedirlo? ¿Qué excusa puede darle para hacer que rechace una oferta como la mía? No le diré en qué relación estoy con él, no hace falta decirlo. Pero usted no se atreverá a decírselo. Lo sabe. Mire cómo lo ha criado.

MRS. ARBUTHNOT.—Lo he criado para que sea un hombre bueno.

LORD ILLINGWORTH.—Exacto. ¿Y cuál es el resultado? Lo ha educado para que sea su juez si alguna vez llega a descubrirla. Y un juez amargo, un juez injusto será para usted. No se engañe, Rachel. Los hijos empiezan amando a sus padres. Al cabo de un tiempo los juzgan. Rara vez, si es que alguna, los perdonan.

MRS. ARBUTHNOT.—George, no me quite a mi hijo. He tenido veinte años de dolor, y solo he tenido una cosa que me amara, una sola cosa que amar. Usted ha tenido una vida de alegría, de placer y de éxito. Ha sido usted feliz; no ha pensado nunca en nosotros. No había motivo, según sus ideas sobre la vida, para que nos recordara en absoluto. Encontrarnos fue un mero accidente, un accidente horrible. Olvídelo. No venga ahora a robarme... a robarme todo lo

que tengo en el mundo. Usted es tan rico en otras cosas. Déjeme el pequeño viñedo de mi vida; déjeme el jardín cercado y el pozo de agua; el corderillo que Dios me envió, por piedad o por ira... ¡oh, déjemelo, George, no me quite a Gerald!

LORD ILLINGWORTH.—Rachel, en este momento usted no es necesaria para la carrera de Gerald; yo sí. No hay nada más que decir sobre el asunto.

MRS. ARBUTHNOT.—No dejaré que se vaya.

LORD ILLINGWORTH.—Aquí está Gerald. Tiene derecho a decidir por sí mismo.

[Entra GERALD.]

GERALD.—Bueno, madre querida, ¿espero que lo haya arreglado todo con Lord Illingworth?

MRS. ARBUTHNOT.—No lo he hecho, Gerald.

LORD ILLINGWORTH.—Su madre parece no querer que venga conmigo, por alguna razón.

GERALD.—¿Por qué, madre?

MRS. ARBUTHNOT.—Yo creía que aquí eras feliz conmigo, Gerald. No sabía que tuvieras tantas ganas de dejarme.

GERALD.—Madre, ¿cómo puede hablar así? Claro que he sido feliz contigo. Pero un hombre no puede quedarse siempre con su madre. Ningún chico lo hace. Quiero labrarme una posición, hacer algo. Yo creía que estarías orgullosa de verme secretario de Lord Illingworth.

MRS. ARBUTHNOT.—No creo que fueras adecuado como secretario particular de Lord Illingworth. No tienes cualificaciones.

LORD ILLINGWORTH.—No quisiera parecer que interfiero ni un instante, Mrs. Arbuthnot, pero en cuanto a su última objeción, sin duda yo soy el mejor juez. Y solo puedo decirle que su hijo tiene todas las cualificaciones que yo esperaba. Tiene más, de hecho, de lo que incluso había pensado. Muchísimas más. [MRS. ARBUTHNOT

permanece en silencio.] ¿Tiene usted algún otro motivo, Mrs. Arbuthnot, por el que no desee que su hijo acepte este puesto?

GERALD.—¿Lo tienes, madre? Contesta.

LORD ILLINGWORTH.—Si lo tiene, Mrs. Arbuthnot, por favor, por favor, dígalo. Estamos completamente solos aquí. Sea lo que sea, no hace falta decir que no lo repetiré.

GERALD.—¿Madre?

LORD ILLINGWORTH.—Si quisiera quedarse a solas con su hijo, me marcharé. Quizá tenga algún otro motivo por el que no desea que yo lo oiga.

MRS. ARBUTHNOT.—No tengo ningún otro motivo.

LORD ILLINGWORTH.—Entonces, mi querido muchacho, podemos dar el asunto por zanjado. Vamos; usted y yo fumaremos un cigarrillo juntos en la terraza. Y, Mrs. Arbuthnot, permítame decirle que creo que ha obrado usted muy, muy sabiamente. [Sale con GERALD. MRS. ARBUTHNOT queda sola. Permanece inmóvil con una expresión de indecible dolor en el rostro.]

TELÓN.

TERCER ACTO

ESCENA

La Galería de Cuadros de Hunstanton. Puerta al fondo que da a la terraza.

[LORD ILLINGWORTH y GERALD, D.C. LORD ILLINGWORTH, recostado en un sofá. GERALD, en una silla.]

LORD ILLINGWORTH.—Su madre es una mujer de lo más sensata, Gerald. Sabía que al final entraría en razón.

GERALD.—Mi madre es terriblemente escrupulosa, Lord Illingworth, y sé que cree que no estoy lo bastante instruido para ser su secretario. Y tiene toda la razón. Fui espantosamente holgazán en la escuela, y ahora no sería capaz de aprobar un examen ni para salvar la vida.

LORD ILLINGWORTH.—Mi querido Gerald, los exámenes no valen absolutamente nada. Si un hombre es un caballero, ya sabe lo suficiente; y si no lo es, todo lo que sepa es malo para él.

GERALD.—Pero soy tan ignorante del mundo, Lord Illingworth...

LORD ILLINGWORTH.—No tenga miedo, Gerald. Recuerde que tiene de su parte la cosa más maravillosa del mundo: la juventud! No hay nada como la juventud. Los de mediana edad están hipotecados a la vida. Los viejos están en el trastero de la vida. Pero la juventud es la Señora de la Vida. La juventud tiene un reino que la espera. Todo el mundo nace rey, y la mayoría muere en el exilio, como la mayoría de los reyes. Por recuperar mi juventud, Gerald, no

hay nada que yo no haría... excepto hacer ejercicio, madrugar o ser un miembro útil de la comunidad.

GERALD.—Pero usted no se considera viejo, Lord Illingworth, ¿verdad?

LORD ILLINGWORTH.—Soy lo bastante mayor para ser su padre, Gerald.

GERALD.—No recuerdo a mi padre; murió hace años.

LORD ILLINGWORTH.—Eso me dijo Lady Hunstanton.

GERALD.—Es muy curioso: mi madre nunca me habla de mi padre. A veces pienso que debió de casarse por debajo de su condición.

LORD ILLINGWORTH.—[Se estremece levemente.] ¿De veras? [Se acerca y pone la mano en el hombro de GERALD.] Supongo que ha echado de menos no tener padre, ¿no, Gerald?

GERALD.—Oh, no; mi madre ha sido tan buena conmigo. Nadie ha tenido una madre como la mía.

LORD ILLINGWORTH.—Estoy completamente seguro. Aun así, me imagino que la mayoría de las madres no entienden del todo a sus hijos. No se dan cuenta, quiero decir, de que un hijo tiene ambiciones, deseo de ver la vida, de hacerse un nombre. Al fin y al cabo, Gerald, no podía esperarse que pasara toda su vida en un agujero como Wrockley, ¿verdad?

GERALD.—¡Oh, no! ¡Sería espantoso!

LORD ILLINGWORTH.—El amor de una madre es muy conmovedor, por supuesto, pero a menudo tiene un egoísmo curioso. Quiero decir, hay bastante egoísmo en él.

GERALD.—[Despacio.] Supongo que sí.

LORD ILLINGWORTH.—Su madre es una mujer enteramente buena. Pero las mujeres buenas tienen una visión de la vida tan limitada, su horizonte es tan pequeño, sus intereses tan mezquinos, ¿no cree?

GERALD.—Se interesan muchísimo, desde luego, por cosas que a nosotros no nos importan gran cosa.

LORD ILLINGWORTH.—Supongo que su madre es muy religiosa y todo eso.

GERALD.—Oh, sí; siempre está yendo a la iglesia.

LORD ILLINGWORTH.—¡Ah! No es moderna; y ser moderno es lo único que merece la pena ser hoy en día. Usted quiere ser moderno, ¿no, Gerald? Quiere conocer la vida tal como es en realidad. No dejarse engañar por teorías anticuadas sobre la vida. Pues bien: lo que tiene que hacer ahora es prepararse sencillamente para la mejor sociedad. Un hombre que puede dominar una mesa de cena londinense puede dominar el mundo. El futuro pertenece al dandi. Son los exquisitos los que van a gobernar.

GERALD.—Me encantaría vestir bien, pero siempre me han dicho que un hombre no debe pensar demasiado en la ropa.

LORD ILLINGWORTH.—La gente hoy en día es tan absolutamente superficial que no entiende la filosofía de lo superficial. A propósito, Gerald, debería aprender a anudarse mejor la corbata. El sentimiento está muy bien para el ojal. Pero lo esencial en una corbata es el estilo. Una corbata bien anudada es el primer paso serio en la vida.

GERALD.—[Ríe.] Quizá podría aprender a anudarme una corbata, Lord Illingworth, pero nunca podría hablar como usted. No sé hablar.

LORD ILLINGWORTH.—¡Oh! Hable a toda mujer como si la amara, y a todo hombre como si le aburriera, y al final de su primera temporada tendrá la reputación de poseer el tacto social más perfecto.

GERALD.—Pero es muy difícil entrar en sociedad, ¿no?

LORD ILLINGWORTH.—Para entrar en la mejor sociedad hoy en día, o hay que dar de comer a la gente, o divertirla, o escandalizarla. ¡Eso es todo!

GERALD.—¡Supongo que la sociedad debe de ser maravillosamente deliciosa!

LORD ILLINGWORTH.—Estar dentro es simplemente un fastidio. Pero estar fuera es pura tragedia. La sociedad es necesaria. Ningún hombre tiene verdadero éxito en este mundo si no tiene mujeres que lo respalden, y las mujeres gobiernan la sociedad. Si no tiene mujeres de su lado, está acabado. Lo mismo daría hacerse abogado, o agente de bolsa, o periodista, de inmediato.

GERALD.—Es muy difícil entender a las mujeres, ¿verdad?

LORD ILLINGWORTH.—Nunca debería intentar entenderlas. Las mujeres son cuadros. Los hombres son problemas. Si quiere saber lo que una mujer quiere decir de verdad —lo cual, por cierto, siempre es peligroso—, mírela; no la escuche.

GERALD.—Pero las mujeres son terriblemente listas, ¿no?

LORD ILLINGWORTH.—Siempre hay que decírselo. Pero para el filósofo, mi querido Gerald, las mujeres representan el triunfo de la materia sobre la mente... del mismo modo que los hombres representan el triunfo de la mente sobre la moral.

GERALD.—¿Cómo pueden entonces las mujeres tener tanto poder como usted dice?

LORD ILLINGWORTH.—La historia de las mujeres es la historia de la peor forma de tiranía que el mundo haya conocido jamás: la tiranía de los débiles sobre los fuertes. Es la única tiranía que dura.

GERALD.—Pero ¿no tienen las mujeres una influencia refinadora?

LORD ILLINGWORTH.—Nada refina salvo el intelecto.

GERALD.—Aun así, hay muchos tipos distintos de mujeres, ¿no?

LORD ILLINGWORTH.—En sociedad solo hay dos clases: las lisas y las de color.

GERALD.—Pero hay mujeres buenas en sociedad, ¿no?

LORD ILLINGWORTH.—Demasiadas.

GERALD.—¿Pero cree que las mujeres no deberían ser buenas?

LORD ILLINGWORTH.—Nunca se lo diga: se volverían buenas al instante. Las mujeres son un sexo fascinantemente voluntarioso. Toda mujer es una rebelde, y por lo general en salvaje rebelión contra sí misma.

GERALD.—Usted nunca se ha casado, Lord Illingworth, ¿verdad?

LORD ILLINGWORTH.—Los hombres se casan porque están cansados; las mujeres, porque sienten curiosidad. Ambos se decepcionan.

GERALD.—Pero ¿no cree que uno puede ser feliz casado?

LORD ILLINGWORTH.—Perfectamente feliz. Pero la felicidad de un hombre casado, mi querido Gerald, depende de las personas con las que no se ha casado.

GERALD.—¿Y si uno está enamorado?

LORD ILLINGWORTH.—Siempre hay que estar enamorado. Esa es la razón por la que nunca hay que casarse.

GERALD.—El amor es algo maravilloso, ¿no?

LORD ILLINGWORTH.—Cuando uno está enamorado, empieza engañándose a sí mismo. Y termina engañando a los demás. Eso es lo que el mundo llama un romance. Pero una verdadera gran pasión es comparativamente rara hoy en día. Es el privilegio de la gente que no tiene nada que hacer. Ese es el único uso de las clases ociosas en un país, y la única explicación posible de nosotros, los Harford.

GERALD.—¿Harford, Lord Illingworth?

LORD ILLINGWORTH.—Ese es mi apellido. Debería estudiar el *Peerage*, Gerald. Es el único libro que un joven de mundo debería conocer a fondo, y es lo mejor de ficción que los ingleses han hecho jamás. Y ahora, Gerald, usted va a entrar conmigo en una vida totalmente nueva, y quiero que sepa cómo vivir. [MRS. ARBUTHNOT

aparece en la terraza, al fondo.] ¡Porque el mundo lo han hecho los necios para que los sabios vivan en él!

[Entran por I.C. LADY HUNSTANTON y el DR. DAUBENY.]

LADY HUNSTANTON.—Ah, aquí está, querido Lord Illingworth. Bueno, supongo que habrá estado diciéndole a nuestro joven amigo Gerald cuáles serán sus nuevos deberes, y dándole un montón de buenos consejos con un agradable cigarrillo.

LORD ILLINGWORTH.—Le he estado dando los mejores consejos, Lady Hunstanton, y los mejores cigarrillos.

LADY HUNSTANTON.—Qué pena que yo no estuviera aquí para escucharlo, pero supongo que ya soy demasiado mayor para aprender... salvo de usted, querido arcediano, cuando está en su agradable púlpito. Pero entonces siempre sé lo que va a decir, así que no me siento alarmada. [Ve a MRS. ARBUTHNOT.] ¡Ah, querida Mrs. Arbuthnot, venga y acompáñenos! Venga, querida. [Entra MRS. ARBUTHNOT.] Gerald ha estado teniendo una conversación larguísima con Lord Illingworth; estoy segura de que debe sentirse muy halagada por la agradable manera en que todo le ha salido. Sentémonos. [Se sientan.] ¿Y cómo va su hermoso bordado?

MRS. ARBUTHNOT.—Siempre estoy trabajando, Lady Hunstanton.

LADY HUNSTANTON.—Mrs. Daubeney también borda un poco, ¿no es verdad?

EL ARCEDIANO.—Antes era muy diestra con la aguja, una auténtica Dorcas. Pero la gota le ha entumecido bastante los dedos. No ha tocado el bastidor de tambor desde hace nueve o diez años. Sin embargo, tiene muchas otras distracciones. Le interesa muchísimo su propia salud.

LADY HUNSTANTON.—¡Ah! Esa siempre es una distracción agradable, ¿no? Y bien, Lord Illingworth, ¿de qué estaban hablando? Díganos.

LORD ILLINGWORTH.—Estaba a punto de explicarle a Gerald que el mundo siempre se ha reído de sus propias tragedias, siendo esa la

única manera en que ha podido soportarlas. Y que, por consiguiente, todo aquello que el mundo ha tratado con seriedad pertenece al lado cómico de las cosas.

LADY HUNSTANTON.—Ahora sí que estoy completamente fuera de mi profundidad. Suelo estarlo cuando Lord Illingworth dice algo. Y la Sociedad Protectora de Animales es de lo más descuidada: nunca viene a rescatarme. Me dejan hundirme. Tengo una vaga idea, querido Lord Illingworth, de que usted siempre está del lado de los pecadores, y sé que yo siempre procuro estar del lado de los santos, pero no paso de ahí. Y, al fin y al cabo, quizá no sea más que el capricho de una persona que se ahoga.

LORD ILLINGWORTH.—La única diferencia entre el santo y el pecador es que todo santo tiene un pasado y todo pecador un futuro.

LADY HUNSTANTON.—Ah, con eso me basta. No tengo nada que decir. Usted y yo, querida Mrs. Arbuthnot, nos hemos quedado atrás con respecto a nuestra época. No podemos seguir a Lord Illingworth. Me temo que se cuidó demasiado nuestra educación. Estar bien educada es una gran desventaja hoy en día. A una la deja fuera de tantas cosas...

MRS. ARBUTHNOT.—Me dolería seguir a Lord Illingworth en cualquiera de sus opiniones.

LADY HUNSTANTON.—Tiene usted toda la razón, querida.

[GERALD se encoge de hombros y mira con irritación a su madre. Entra LADY CAROLINE.]

LADY CAROLINE.—Jane, ¿has visto a John por alguna parte?

LADY HUNSTANTON.—No tienes por qué preocuparte por él, querida. Está con Lady Stutfield; los vi hace un rato en el Salón Amarillo. Parecen muy felices juntos. ¿Te vas, Caroline? Siéntate, por favor.

LADY CAROLINE.—Creo que será mejor que vaya a buscar a John.
[Sale LADY CAROLINE.]

LADY HUNSTANTON.—No conviene prestar tanta atención a los hombres. Y, en realidad, Caroline no tiene nada por lo que inquietarse. Lady Stutfield es muy comprensiva. Es igual de comprensiva con una cosa que con otra. Una naturaleza hermosa.

[Entran SIR JOHN y MRS. ALLONBY.]

LADY HUNSTANTON.—¡Ah, aquí está Sir John! ¡Y con Mrs. Allonby también! Supongo que era con Mrs. Allonby con quien lo vi. Sir John, Caroline lo ha estado buscando por todas partes.

MRS. ALLONBY.—Hemos estado esperándola en el salón de música, querida Lady Hunstanton.

LADY HUNSTANTON.—Ah, el salón de música, claro. Creí que era el Salón Amarillo; mi memoria está cada vez peor. [Al ARCEDIANO.] Mrs. Daubeney tiene una memoria prodigiosa, ¿verdad?

EL ARCEDIANO.—Antes era realmente notable por su memoria, pero desde su último ataque recuerda sobre todo los sucesos de su primera infancia. Sin embargo, encuentra gran placer en tales retrospectivas, gran placer.

[Entran LADY STUTFIELD y MR. KELVIL.]

LADY HUNSTANTON.—¡Ah, querida Lady Stutfield! ¿Y de qué le ha estado hablando Mr. Kelvil?

LADY STUTFIELD.—Del bimetalismo, si no recuerdo mal.

LADY HUNSTANTON.—¡Bimetalismo! ¿Es un tema agradable? En fin, ya sé que hoy en día la gente discute de todo con mucha libertad. ¿Y de qué le hablaba Sir John a usted, querida Mrs. Allonby?

MRS. ALLONBY.—De la Patagonia.

LADY HUNSTANTON.—¿De veras? ¡Qué asunto tan remoto! Pero muy edificante, no lo dudo.

MRS. ALLONBY.—Ha estado interesantísimo sobre la Patagonia. Los salvajes parecen tener exactamente las mismas ideas que la

gente culta sobre casi todos los asuntos. Son excesivamente avanzados.

LADY HUNSTANTON.—¿Y qué hacen?

MRS. ALLONBY.—Al parecer, de todo.

LADY HUNSTANTON.—Bueno, querido arcediano, es muy gratificante, ¿no?, comprobar que la naturaleza humana es siempre la misma... En el fondo, el mundo es el mismo mundo, ¿no es verdad?

LORD ILLINGWORTH.—El mundo se divide sencillamente en dos clases: los que creen lo increíble, como el público, y los que hacen lo improbable...

MRS. ALLONBY.—¿Como usted?

LORD ILLINGWORTH.—Sí; yo siempre me asombro a mí mismo. Es lo único que hace que la vida merezca ser vivida.

LADY STUTFIELD.—¿Y qué ha estado haciendo últimamente que lo asombre?

LORD ILLINGWORTH.—He estado descubriendo toda clase de hermosas cualidades en mi propia naturaleza.

MRS. ALLONBY.—¡Ah, no se vuelva del todo perfecto de golpe! ¡Hágalo poco a poco!

LORD ILLINGWORTH.—No pienso volverme perfecto en absoluto. Al menos, espero que no. Sería sumamente inconveniente. Las mujeres nos aman por nuestros defectos. Si tenemos suficientes, nos lo perdonarán todo, incluso nuestros intelectos gigantescos.

MRS. ALLONBY.—Es prematuro pedirnos que perdonemos el análisis. Perdón damos a la adoración; eso es todo lo que puede esperarse de nosotras.

[Entra LORD ALFRED. Se une a LADY STUTFIELD.]

LADY HUNSTANTON.—Ah, las mujeres deberíamos perdonarlo todo, ¿no es cierto?, querida Mrs. Arbuthnot. Estoy segura de que

está usted de acuerdo conmigo.

MRS. ARBUTHNOT.—No, Lady Hunstanton. Creo que hay muchas cosas que las mujeres no deberían perdonar nunca.

LADY HUNSTANTON.—¿Qué clase de cosas?

MRS. ARBUTHNOT.—La ruina de la vida de otra mujer. [Se aleja lentamente hacia el fondo del escenario.]

LADY HUNSTANTON.—Ah, esas cosas son muy tristes, sin duda, pero creo que hay establecimientos admirables donde se cuida de esa clase de personas y se las reforma, y pienso que, en conjunto, el secreto de la vida es tomarse las cosas muy, muy a la ligera.

MRS. ALLONBY.—El secreto de la vida es no tener nunca una emoción que sea impropia.

LADY STUTFIELD.—El secreto de la vida es apreciar el placer de verse terriblemente, terriblemente engañada.

KELVIL.—El secreto de la vida es resistir la tentación, Lady Stutfield.

LORD ILLINGWORTH.—No hay secreto de la vida. El propósito de la vida, si es que tiene alguno, es estar siempre buscando tentaciones. No hay ni de lejos suficientes. A veces paso un día entero sin encontrarme con una sola. Es algo espantoso. A una la pone tan nerviosa respecto al futuro...

LADY HUNSTANTON.—[Lo amenaza con su abanico.] No sé qué ocurre, querido Lord Illingworth, pero todo lo que ha dicho hoy me parece excesivamente inmoral. Ha sido interesantísimo escucharlo.

LORD ILLINGWORTH.—Todo pensamiento es inmoral. Su misma esencia es la destrucción. Si piensa en algo, lo mata. Nada sobrevive a que se piense en ello.

LADY HUNSTANTON.—No entiendo ni una palabra, Lord Illingworth. Pero no dudo de que es todo completamente cierto. Personalmente, tengo muy poco que reprocharme en lo que a pensar se refiere. No creo en que las mujeres piensen demasiado.

Las mujeres deberían pensar con moderación, igual que deberían hacer todas las cosas con moderación.

LORD ILLINGWORTH.—La moderación es algo fatal, Lady Hunstanton. Nada tiene tanto éxito como el exceso.

LADY HUNSTANTON.—Espero acordarme de eso. Suena a máxima admirable. Pero estoy empezando a olvidarlo todo. Es una gran desgracia.

LORD ILLINGWORTH.—Es una de sus cualidades más fascinantes, Lady Hunstanton. Ninguna mujer debería tener memoria. La memoria en una mujer es el comienzo de la desaliño. Siempre se sabe por el sombrero de una mujer si tiene memoria o no.

LADY HUNSTANTON.—¡Qué encantador es, querido Lord Illingworth! Siempre descubre que el defecto más evidente de una es su virtud más importante. Tiene usted unas ideas de la vida de lo más reconfortantes.

[Entra FARQUHAR.]

FARQUHAR.—¡El coche del doctor Daubeney!

LADY HUNSTANTON.—¡Mi querido arcediano! Pero si solo son las diez y media.

EL ARCEDIANO.—[Levantándose.] Me temo que debo irme, Lady Hunstanton. Los martes siempre son una de las malas noches de Mrs. Daubeney.

LADY HUNSTANTON.—[Levantándose.] Bueno, no lo retendré lejos de ella. [Lo acompaña hacia la puerta.] Le he dicho a Farquhar que ponga un par de perdices en el coche. Puede que a Mrs. Daubeney le apetezcan.

EL ARCEDIANO.—Es usted muy amable, pero Mrs. Daubeney ya no toma sólidos. Vive enteramente de gelatinas. Pero está maravillosamente animada, maravillosamente animada. No tiene nada de qué quejarse. [Sale con LADY HUNSTANTON.]

MRS. ALLONBY.—[Se acerca a LORD ILLINGWORTH.] Hay una luna preciosa esta noche.

LORD ILLINGWORTH.—Vayamos a mirarla. Mirar algo inconstante es encantador hoy en día.

MRS. ALLONBY.—Usted tiene su espejo.

LORD ILLINGWORTH.—Es cruel. Solo me muestra mis arrugas.

MRS. ALLONBY.—El mío se porta mejor. Nunca me dice la verdad.

LORD ILLINGWORTH.—Entonces está enamorado de usted. [Salen SIR JOHN, LADY STUTFIELD, MR. KELVIL y LORD ALFRED.]

GERALD.—[A LORD ILLINGWORTH.] ¿Puedo ir yo también?

LORD ILLINGWORTH.—Claro, mi querido muchacho. [Se dirige hacia la puerta con MRS. ALLONBY y GERALD.]

[LADY CAROLINE entra, mira rápidamente alrededor y sale en dirección opuesta a la que tomaron SIR JOHN y LADY STUTFIELD.]

MRS. ARBUTHNOT.—¡Gerald!

GERALD.—¿Qué ocurre, madre? [Sale LORD ILLINGWORTH con MRS. ALLONBY.]

MRS. ARBUTHNOT.—Se ha hecho tarde. Vámonos a casa.

GERALD.—Madre querida, esperemos un poco más. Lord Illingworth es tan delicioso... y, por cierto, madre, tengo una gran sorpresa para ti. Partimos hacia la India a finales de este mes.

MRS. ARBUTHNOT.—Vámonos a casa.

GERALD.—Si de verdad lo deseas, desde luego, madre, pero antes debo despedirme de Lord Illingworth. Vuelvo en cinco minutos. [Sale.]

MRS. ARBUTHNOT.—Que me deje si quiere... pero no con él, no con él. No lo soportaría. [Pasea de un lado a otro.]

[Entra HESTER.]

HESTER.—¡Qué noche tan hermosa, Mrs. Arbuthnot!

MRS. ARBUTHNOT.—¿Sí?

HESTER.—Mrs. Arbuthnot, ojalá quisiera usted que fuéramos amigas. Usted es tan distinta de las otras mujeres aquí... Cuando entró en el salón esta noche, de algún modo traje consigo una sensación de lo que es bueno y puro en la vida. Yo había sido necia. Hay cosas que es correcto decir, pero que quizá se dicen en el momento equivocado y a las personas equivocadas.

MRS. ARBUTHNOT.—Oí lo que dijo. Estoy de acuerdo, Miss Worsley.

HESTER.—No sabía que lo hubiera oído. Pero sabía que estaría de acuerdo conmigo. Una mujer que ha pecado debe ser castigada, ¿verdad?

MRS. ARBUTHNOT.—Sí.

HESTER.—No debería permitírsele entrar en la sociedad de hombres y mujeres buenos, ¿verdad?

MRS. ARBUTHNOT.—No debería.

HESTER.—¿Y el hombre debería ser castigado del mismo modo?

MRS. ARBUTHNOT.—Del mismo modo. ¿Y los hijos, si los hay, del mismo modo también?

HESTER.—Sí, es justo que los pecados de los padres recaigan sobre los hijos. Es una ley justa. Es la ley de Dios.

MRS. ARBUTHNOT.—Es una de las leyes terribles de Dios. [Se aparta hacia la chimenea.]

HESTER.—¿Está usted angustiada porque su hijo se marche y la deje, Mrs. Arbuthnot?

MRS. ARBUTHNOT.—Sí.

HESTER.—¿Le agrada que se vaya con Lord Illingworth? Claro que hay posición, sin duda, y dinero; pero la posición y el dinero no lo son todo, ¿verdad?

MRS. ARBUTHNOT.—No son nada; traen miseria.

HESTER.—Entonces ¿por qué deja usted que su hijo se vaya con él?

MRS. ARBUTHNOT.—Él mismo lo desea.

HESTER.—Pero si usted se lo pidiera, se quedaría, ¿verdad?

MRS. ARBUTHNOT.—Ha puesto el corazón en marcharse.

HESTER.—No podría negarle nada. La quiere demasiado. Pídale que se quede. Déjeme que se lo traiga. Está en la terraza en este momento con Lord Illingworth. Los oí reír juntos al pasar por el salón de música.

MRS. ARBUTHNOT.—No se moleste, Miss Worsley; puedo esperar. No tiene importancia.

HESTER.—No, le diré que lo desea ver. Hágalo... hágalo: pídele que se quede. [Sale HESTER.]

MRS. ARBUTHNOT.—No vendrá... lo sé; no vendrá.

[Entra LADY CAROLINE. Mira alrededor con ansiedad. Entra GERALD.]

LADY CAROLINE.—Mr. Arbuthnot, ¿puedo preguntarle si Sir John está en la terraza?

GERALD.—No, Lady Caroline; no está en la terraza.

LADY CAROLINE.—Es muy curioso. Ya es hora de que se retire. [Sale LADY CAROLINE.]

GERALD.—Madre querida, me temo que te hice esperar. Me olvidé por completo. Estoy tan feliz esta noche, madre; nunca he sido tan feliz.

MRS. ARBUTHNOT.—¿Por la perspectiva de irte?

GERALD.—No lo digas así, madre. Claro que me apena dejarte. ¡Si eres la mejor madre del mundo! Pero, al fin y al cabo, como dice Lord Illingworth, es imposible vivir en un lugar como Wrockley. A ti

no te importa. Pero yo soy ambicioso; quiero algo más que eso. Quiero labrarme una carrera. Quiero hacer algo que te haga sentir orgullosa de mí, y Lord Illingworth va a ayudarme. Va a hacerlo todo por mí.

MRS. ARBUTHNOT.—Gerald, no te vayas con Lord Illingworth. Te lo suplico. ¡Gerald, te lo ruego!

GERALD.—Madre, ¡qué cambiante eres! No parece saber lo que quieres ni por un solo momento. Hace hora y media, en el salón, estabas de acuerdo con todo; ahora te vuelves y pones objeciones, e intentas obligarme a renunciar a mi única oportunidad en la vida. Sí, mi única oportunidad. No supondrás que se encuentran todos los días hombres como Lord Illingworth, ¿verdad, madre? Es muy extraño que, cuando he tenido una racha de suerte tan maravillosa, la única persona que me ponga dificultades sea mi propia madre. Además, ya sabes, madre, amo a Hester Worsley. ¿Quién podría no amarla? La amo más de lo que te he dicho jamás, muchísimo más. Y si tuviera una posición, si tuviera perspectivas, podría... podría pedirle que... ¿No entiendes ahora, madre, lo que significa para mí ser secretario de Lord Illingworth? Empezar así es encontrar una carrera hecha, delante de uno... esperándolo. Si yo fuera secretario de Lord Illingworth, podría pedirle a Hester que fuera mi esposa. Siendo un miserable empleado de banco con cien al año, sería una impertinencia.

MRS. ARBUTHNOT.—Me temo que no necesita albergar esperanzas respecto a Miss Worsley. Conozco sus ideas sobre la vida. Acaba de decírmelas. [Pausa.]

GERALD.—Entonces al menos me queda mi ambición. Eso es algo... ¡me alegra tener eso! Siempre has intentado aplastar mi ambición, madre... ¿no es verdad? Me has dicho que el mundo es un lugar perverso, que el éxito no vale la pena, que la sociedad es superficial, y todo ese tipo de cosas... Pues bien, no lo creo, madre. Yo creo que el mundo debe de ser delicioso. Creo que la sociedad debe de ser exquisita. Creo que el éxito es algo que merece la pena tener. Te equivocaste en todo lo que me enseñaste, madre,

completamente equivocada. Lord Illingworth es un hombre exitoso. Es un hombre de moda. Es un hombre que vive en el mundo y para el mundo. Pues bien, yo daría cualquier cosa por ser como Lord Illingworth.

MRS. ARBUTHNOT.—Preferiría verte muerto.

GERALD.—Madre, ¿cuál es tu objeción a Lord Illingworth? Dímelo... dímelo de una vez. ¿Qué es?

MRS. ARBUTHNOT.—Es un hombre malo.

GERALD.—¿Malo de qué manera? No entiendo qué quieres decir.

MRS. ARBUTHNOT.—Te lo diré.

GERALD.—Supongo que lo crees malo porque no cree las mismas cosas que tú. Bueno, madre, los hombres son diferentes de las mujeres. Es natural que tengan ideas distintas.

MRS. ARBUTHNOT.—No es lo que Lord Illingworth cree, o lo que no cree, lo que lo hace malo. Es lo que es.

GERALD.—Madre, ¿es algo que sabes de él? ¿Algo que sabes de verdad?

MRS. ARBUTHNOT.—Es algo que sé.

GERALD.—¿Algo de lo que estás completamente segura?

MRS. ARBUTHNOT.—Completamente segura.

GERALD.—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes?

MRS. ARBUTHNOT.—Veinte años.

GERALD.—¿Es justo remontarse veinte años en la carrera de un hombre? ¿Y qué tenemos tú o yo que ver con la vida temprana de Lord Illingworth? ¿Qué nos importa?

MRS. ARBUTHNOT.—Lo que este hombre fue, lo es ahora y lo será siempre.

GERALD.—Madre, dime qué hizo Lord Illingworth. Si hizo algo vergonzoso, no me iré con él. ¡Seguro que me conoces lo bastante

para saberlo!

MRS. ARBUTHNOT.—Gerald, acércate a mí. Muy cerca, como hacías cuando eras un niño pequeño, cuando eras el niño de mamá. [GERALD se sienta junto a su madre. Ella le pasa los dedos por el cabello y le acaricia las manos.] Gerald, hubo una vez una muchacha; era muy joven, apenas tenía más de dieciocho años. George Harford —así se llamaba entonces Lord Illingworth—, George Harford la conoció. Ella no sabía nada de la vida. Él lo sabía todo. Hizo que aquella muchacha lo amara. Hizo que lo amara tanto que una mañana se fue con él de la casa de su padre. Lo amaba tanto, y él le había prometido casarse con ella. Se lo había prometido solemnemente, y ella le creyó. Era muy joven y... y no sabía lo que la vida es en realidad. Pero él fue posponiendo el matrimonio de semana en semana, de mes en mes. Ella confiaba en él todo el tiempo. Ella lo amaba. Antes de que naciera su hijo —porque tuvo un hijo—, le suplicó, por el bien del niño, que se casara con ella, para que el niño tuviera un nombre, para que su pecado no recayera sobre el niño, que era inocente. Él se negó. Después de que naciera el niño, ella lo dejó, llevándose al niño; y su vida quedó arruinada, y su alma arruinada, y todo lo que había de dulce, de bueno y de puro en ella quedó también arruinado. Sufrió terriblemente... sufre aún. Sufrirá siempre. Para ella no hay alegría, no hay paz, no hay expiación. Es una mujer que arrastra una cadena como una culpable. Es una mujer que lleva una máscara, como una leprosa. El fuego no puede purificarla. Las aguas no pueden apagar su angustia. ¡Nada puede curarla! Ningún calmante puede darle sueño, ninguna amapola puede darle olvido. ¡Está perdida! ¡Es un alma perdida! Por eso llamo a Lord Illingworth un hombre malo. Por eso no quiero que mi hijo esté con él.

GERALD.—Madre querida, todo suena muy trágico, desde luego. Pero me atrevería a decir que la muchacha tuvo tanta culpa como Lord Illingworth... Al fin y al cabo, ¿se iría una chica realmente decente, una chica con sentimientos decentes, de su casa con un hombre con el que no estaba casada, y viviría con él como su esposa? Ninguna chica decente lo haría.

MRS. ARBUTHNOT.—[Tras una pausa.] Gerald, retiro todas mis objeciones. Eres libre de irte con Lord Illingworth, cuando y adonde quieras.

GERALD.—Madre querida, sabía que no te interpondrías en mi camino. Eres la mejor mujer que Dios ha hecho jamás. Y, en cuanto a Lord Illingworth, no creo que sea capaz de nada infame o vil. No puedo creerlo de él... no puedo.

HESTER.—[Fuera.] ¡Déjeme! ¡Déjeme!

[Entra HESTER aterrorizada; corre hacia GERALD y se arroja en sus brazos.]

HESTER.—¡Oh! ¡Sálveme, sálveme de él!

GERALD.—¿De quién?

HESTER.—¡Me ha insultado! ¡Me ha insultado horriblemente! ¡Sálveme!

GERALD.—¿Quién? ¿Quién se ha atrevido...?

[LORD ILLINGWORTH entra al fondo. HESTER se separa de los brazos de GERALD y lo señala.]

GERALD.—[Fuera de sí de rabia e indignación.] Lord Illingworth, ha insultado lo más puro que hay sobre la tierra, algo tan puro como mi propia madre. Ha insultado a la mujer que más amo en el mundo... delante de mi propia madre. ¡Por Dios que está en el Cielo, lo mataré!

MRS. ARBUTHNOT.—[Corriendo hacia él y sujetándolo.] ¡No! ¡No!

GERALD.—[Apartándola.] ¡No me detengas, madre! ¡No me detengas! ¡Lo mataré!

MRS. ARBUTHNOT.—¡Gerald!

GERALD.—¡Suéltame, te digo!

MRS. ARBUTHNOT.—¡Detente, Gerald, detente! ¡Es tu propio padre!

[GERALD aprieta las manos de su madre y la mira a la cara. Ella se desploma lentamente en el suelo, avergonzada. HESTER se desliza hacia la puerta. LORD ILLINGWORTH frunce el ceño y se muerde el labio. Al cabo de un rato, GERALD levanta a su madre, la rodea con el brazo y la conduce fuera de la sala.]

TELÓN.

CUARTO ACTO

ESCENA

Sala de estar en casa de MRS. ARBUTHNOT. Al fondo, una gran puerta-ventana francesa abierta, con vista al jardín. Puertas R. C. y L. C.

[GERALD ARBUTHNOT, sentado a la mesa, escribe.]

[Entra ALICE por R. C., seguida de LADY HUNSTANTON y MRS. ALLONBY.]

ALICE.—Lady Hunstanton y Mrs. Allonby.

LADY HUNSTANTON.—Buenos días, Gerald.

GERALD.—[Levantándose.] Buenos días, Lady Hunstanton. Buenos días, Mrs. Allonby.

LADY HUNSTANTON.—[Sentándose.] Hemos venido a preguntar por tu querida madre, Gerald. ¿Espero que esté mejor?

GERALD.—Mi madre aún no ha bajado, Lady Hunstanton.

LADY HUNSTANTON.—Ah, me temo que el calor fue demasiado para ella anoche. Creo que debía de haber tormenta en el aire. O quizá fue la música. La música vuelve a una romántica... al menos siempre le pone a una los nervios de punta.

MRS. ALLONBY.—Hoy en día es lo mismo.

LADY HUNSTANTON.—Me alegra tanto no saber qué quieres decir, querida. Me temo que quieres decir algo malo. Ah, veo que estás

examinando el bonito cuarto de la Sra. Arbuthnot. ¿No es agradable y anticuado?

MRS. ALLONBY.—[Recorriendo la habitación con su impertinente.] Parece un auténtico hogar inglés feliz.

LADY HUNSTANTON.—Justo esa es la palabra, querida; eso lo describe perfectamente. Se siente la buena influencia de tu madre en todo lo que la rodea, Gerald.

MRS. ALLONBY.—Lord Illingworth dice que toda influencia es mala, pero que una buena influencia es la peor del mundo.

LADY HUNSTANTON.—Cuando Lord Illingworth conozca mejor a la Sra. Arbuthnot cambiará de opinión. Desde luego debo traerlo aquí.

MRS. ALLONBY.—Me gustaría ver a Lord Illingworth en un hogar inglés feliz.

LADY HUNSTANTON.—Le haría muchísimo bien, querida. La mayoría de las mujeres en Londres, hoy en día, parece que amueblan sus salones con nada más que orquídeas, extranjeros y novelas francesas. Pero aquí tenemos el cuarto de una dulce santa. Flores naturales frescas, libros que no escandalizan, cuadros que una puede mirar sin ruborizarse.

MRS. ALLONBY.—Pero a mí me gusta ruborizarme.

LADY HUNSTANTON.—Bueno, hay bastante que decir a favor de ruborizarse, si una puede hacerlo en el momento oportuno. El pobre Hunstanton solía decirme que yo no me ruborizaba ni de lejos lo suficiente. Pero él era tan remilgado... No me dejaba conocer a ninguno de sus amigos varones, salvo a los que pasaban de setenta, como el pobre Lord Ashton; que, por cierto, después acabó en el Tribunal de Divorcio. Un caso de lo más desafortunado.

MRS. ALLONBY.—Me encantan los hombres de más de setenta. Siempre le ofrecen a una la devoción de toda una vida. Creo que setenta es una edad ideal para un hombre.

LADY HUNSTANTON.—Es incorregible, ¿verdad, Gerald? A propósito, Gerald, espero que tu querida madre venga a verme más a menudo ahora. Tú y Lord Illingworth os marcháis casi de inmediato, ¿no?

GERALD.—He renunciado a mi intención de ser secretario de Lord Illingworth.

LADY HUNSTANTON.—¡Imposible, Gerald! Sería muy imprudente por tu parte. ¿Qué razón puedes tener?

GERALD.—No creo que yo sea adecuado para el puesto.

MRS. ALLONBY.—Ojalá Lord Illingworth me pidiera a mí que fuera su secretaria. Pero dice que no soy lo bastante seria.

LADY HUNSTANTON.—Querida mía, de verdad no deberías hablar así en esta casa. La Sra. Arbutnot no sabe nada de la sociedad perversa en la que todos vivimos. No entra en ella. Es demasiado buena. Considero que fue un gran honor que viniera a verme anoche. Le dio a la velada toda una atmósfera de respetabilidad.

MRS. ALLONBY.—Ah, eso debió de ser lo que usted creyó que era truenos en el aire.

LADY HUNSTANTON.—Querida, ¿cómo puedes decir eso? No hay ninguna semejanza entre ambas cosas. Pero, en serio, Gerald, ¿qué quieres decir con que no eres adecuado?

GERALD.—Las ideas de Lord Illingworth sobre la vida y las mías son demasiado distintas.

LADY HUNSTANTON.—Pero, mi querido Gerald, a tu edad no deberías tener ninguna idea sobre la vida. Están completamente fuera de lugar. Debes dejarte guiar por otros en este asunto. Lord Illingworth te ha hecho la oferta más halagadora y, viajando con él, verías el mundo —al menos tanto de él como conviene mirar— bajo los mejores auspicios posibles, y te alojarías con toda la gente adecuada, lo cual es tan importante en este momento solemne de tu carrera.

GERALD.—No quiero ver el mundo: ya he visto suficiente.

MRS. ALLONBY.—Espero que no crea que ha agotado la vida, Mr. Arbuthnot. Cuando un hombre dice eso, una sabe que la vida lo ha agotado a él.

GERALD.—No deseo dejar a mi madre.

LADY HUNSTANTON.—Vamos, Gerald, eso es pura pereza por tu parte. ¿No dejar a tu madre? Si yo fuera tu madre, insistiría en que te fueras.

[Entra ALICE por L. C.]

ALICE.—La Sra. Arbuthnot presenta sus saludos, mi lady, pero tiene un fuerte dolor de cabeza y no puede recibir a nadie esta mañana. [Sale por R. C.]

LADY HUNSTANTON.—[Levantándose.] ¿Un fuerte dolor de cabeza? ¡Cuánto lo siento! Quizá la subas a Hunstanton esta tarde, si está mejor, Gerald.

GERALD.—Me temo que no esta tarde, Lady Hunstanton.

LADY HUNSTANTON.—Bueno, mañana entonces. Ah, si tuvieras un padre, Gerald, no dejaría que desperdiciaras tu vida aquí. Te mandaré con Lord Illingworth de inmediato. Pero las madres son tan débiles... ceden ante sus hijos en todo. Somos todo corazón, todo corazón. Vamos, querida, debo pasar por la rectoría y preguntar por la Sra. Daubeny, que me temo que está lejos de encontrarse bien. Es maravilloso cómo se mantiene el Archidiácono, realmente maravilloso. Es el más comprensivo de los maridos. Todo un modelo. Adiós, Gerald, dale mi cariño más afectuoso a tu madre.

MRS. ALLONBY.—Adiós, Mr. Arbuthnot.

GERALD.—Adiós.

[Salen LADY HUNSTANTON y MRS. ALLONBY. GERALD se sienta y relee su carta.]

GERALD.—¿Qué nombre puedo firmar? Yo, que no tengo derecho a ningún nombre. [Firma, mete la carta en un sobre, lo dirige y está

a punto de lacrarlo; en ese instante se abre la puerta L. C. y entra MRS. ARBUTHNOT. GERALD deja la cera de lacre. Madre e hijo se miran.]

LADY HUNSTANTON.—[Desde la puerta-ventana del fondo.] Adiós otra vez, Gerald. Vamos a tomar el atajo por tu bonito jardín. Ahora, recuerda mi consejo: parte de inmediato con Lord Illingworth.

MRS. ALLONBY.—Au revoir, Mr. Arbuthnot. Procure traerme algo bonito de sus viajes... pero no un chal indio... en ningún caso un chal indio. [Salen.]

GERALD.—Madre, acabo de escribirle.

MRS. ARBUTHNOT.—¿A quién?

GERALD.—A mi padre. Le he escrito para decirle que venga aquí a las cuatro de esta tarde.

MRS. ARBUTHNOT.—No vendrá aquí. No cruzará el umbral de mi casa.

GERALD.—Tiene que venir.

MRS. ARBUTHNOT.—Gerald, si vas a marcharte con Lord Illingworth, vete de inmediato. Vete antes de que me mate; pero no me pidas que me encuentre con él.

GERALD.—Madre, no lo entiendes. Nada en el mundo me induciría a irme con Lord Illingworth, ni a dejarte. Seguro que me conoces lo bastante para saberlo. No: le he escrito para decirle...

MRS. ARBUTHNOT.—¿Qué puedes tener que decirle?

GERALD.—¿No puedes adivinar, madre, qué he escrito en esta carta?

MRS. ARBUTHNOT.—No.

GERALD.—Madre, claro que puedes. Piensa... piensa en lo que debe hacerse ahora, en seguida, dentro de los próximos días.

MRS. ARBUTHNOT.—No hay nada que hacer.

GERALD.—Le he escrito a Lord Illingworth para decirle que debe casarse contigo.

MRS. ARBUTHNOT.—¿Casarse conmigo?

GERALD.—Madre, lo obligaré. El daño que se ha hecho debe repararse. Debe haber expiación. La justicia puede ser lenta, madre, pero al final llega. Dentro de unos días serás la esposa legítima de Lord Illingworth.

MRS. ARBUTHNOT.—Pero, Gerald...

GERALD.—Insistiré en que lo haga. Haré que lo haga: no se atreverá a negarse.

MRS. ARBUTHNOT.—Pero, Gerald, soy yo quien se niega. No me casaré con Lord Illingworth.

GERALD.—¿No casarte con él? ¡Madre!

MRS. ARBUTHNOT.—No me casaré con él.

GERALD.—Pero no lo entiendes: hablo por ti, no por mí. Este matrimonio, este matrimonio necesario, este matrimonio que por razones obvias debe inevitablemente celebrarse, no me ayudará, no me dará un nombre que sea realmente, con pleno derecho, mío. Pero seguro que será algo para ti que tú, mi madre, aunque tarde, te conviertas en la esposa del hombre que es mi padre. ¿No será eso algo?

MRS. ARBUTHNOT.—No me casaré con él.

GERALD.—Madre, debes hacerlo.

MRS. ARBUTHNOT.—No lo haré. Hablas de expiación por un daño hecho. ¿Qué expiación puede hacerse conmigo? No hay expiación posible. Yo estoy deshonrada: él no. Eso es todo. Es la historia habitual de un hombre y una mujer, tal como suele suceder, tal como siempre sucede. Y el final es el final corriente. La mujer sufre. El hombre queda libre.

GERALD.—No sé si ese es el final corriente, madre: espero que no. Pero tu vida, al menos, no terminará así. El hombre hará toda la

reparación que sea posible. No es suficiente. No borra el pasado, lo sé. Pero al menos hace el futuro mejor, mejor para ti, madre.

MRS. ARBUTHNOT.—Me niego a casarme con Lord Illingworth.

GERALD.—Si viniera a ti él mismo y te pidiera que fueras su esposa, le darías otra respuesta. Recuerda: es mi padre.

MRS. ARBUTHNOT.—Si viniera él mismo, cosa que no hará, mi respuesta sería la misma. Recuerda: yo soy tu madre.

GERALD.—Madre, me lo pones terriblemente difícil hablando así; y no entiendo por qué no quieres mirar este asunto desde el punto de vista correcto, desde el único punto de vista apropiado. Para quitar la amargura de tu vida, para quitar la sombra que pesa sobre tu nombre, este matrimonio debe celebrarse. No hay alternativa; y después del matrimonio tú y yo podremos irnos juntos. Pero el matrimonio debe celebrarse primero. Es un deber que debes, no solo a ti misma, sino a todas las demás mujeres —sí: a todas las mujeres del mundo—, para que no traicione a más.

MRS. ARBUTHNOT.—No debo nada a otras mujeres. No hay ni una que me ayude. No hay una sola mujer en el mundo a la que yo pudiera acudir por compasión, si quisiera aceptarla, o por simpatía, si pudiera ganarla. Las mujeres son duras entre sí. Esa joven, anoche, buena como es, huyó de la habitación como si yo fuera algo contaminado. Tenía razón. Soy algo contaminado. Pero mis agravios son míos, y los soportaré sola. Debo soportarlos sola. ¿Qué tienen que ver conmigo las mujeres que no han pecado, o yo con ellas? No nos entendemos.

[Entra HESTER por detrás.]

GERALD.—Te imploro que hagas lo que te pido.

MRS. ARBUTHNOT.—¿Qué hijo le ha pedido jamás a su madre que haga un sacrificio tan horrible? Ninguno.

GERALD.—¿Qué madre se ha negado jamás a casarse con el padre de su propio hijo? Ninguna.

MRS. ARBUTHNOT.—Pues deja que yo sea la primera. No lo haré.

GERALD.—Madre, tú crees en la religión, y me criaste para creer en ella también. Bien, seguro que tu religión, la religión que me enseñaste cuando era niño, debe decirte que yo tengo razón. Lo sabes, lo sientes.

MRS. ARBUTHNOT.—No lo sé. No lo siento, ni jamás me presentaré ante el altar de Dios a pedir la bendición de Dios sobre una burla tan horrible como un matrimonio entre George Harford y yo. No diré las palabras que la Iglesia nos manda decir. No las diré. No me atrevo. ¿Cómo podría jurar amar al hombre que aborrezco, honrar a quien te causó deshonor, obedecer a quien, con su dominio, me hizo pecar? No: el matrimonio es un sacramento para quienes se aman. No es para alguien como él, ni para alguien como yo. Gerald, para salvarte de las burlas y los desprecios del mundo he mentido al mundo. Durante veinte años he mentido al mundo. No pude decirle la verdad al mundo. ¿Quién puede, jamás? Pero por mí no mentiré a Dios, y en presencia de Dios. No, Gerald, ninguna ceremonia, santificada por la Iglesia o hecha por el Estado, me unirá jamás a George Harford. Puede que ya esté demasiado unida a él; él, que al robarme me dejó más rica, de modo que en el fango de mi vida hallé la perla de gran precio... o lo que yo creí que sería.

GERALD.—Ahora no te entiendo.

MRS. ARBUTHNOT.—Los hombres no entienden lo que son las madres. No soy distinta de otras mujeres, salvo por el daño que me hicieron y el daño que hice, y mis castigos tan pesados y mi gran deshonor. Y, sin embargo, para darte a luz tuve que mirar de frente a la muerte. Para criarte tuve que luchar con ella. La muerte luchó conmigo por ti. Todas las mujeres tienen que luchar con la muerte para conservar a sus hijos. La muerte, que no tiene hijos, quiere arrebatárnoslos. Gerald, cuando estabas desnudo te vestí; cuando tenías hambre te di de comer. Noche y día, todo aquel largo invierno, te cuidé. Ningún oficio es demasiado humilde, ningún cuidado demasiado bajo para aquello que las mujeres amamos... y ¡oh!, cuánto te amé. Ni Ana a Samuel, más. Y necesitabas amor,

porque eras enfermizo, y solo el amor podía haberte mantenido con vida. Solo el amor puede mantener viva a cualquiera. Y los muchachos son descuidados a menudo y sin pensar nos hacen daño, y siempre imaginamos que cuando lleguen a la edad de hombre y nos conozcan mejor nos lo devolverán. Pero no es así. El mundo los aparta de nuestro lado, y hacen amigos con quienes son más felices que con nosotras, y tienen diversiones de las que estamos excluidas, e intereses que no son los nuestros; y a menudo son injustos con nosotras, porque cuando encuentran amarga la vida nos culpan por ello, y cuando la encuentran dulce, nosotras no probamos su dulzura con ellos...

Hiciste muchos amigos y fuiste a sus casas y estuviste contento con ellos, y yo, conociendo mi secreto, no me atreví a seguirte; me quedé en casa, cerré la puerta, dejé fuera el sol y me senté en la oscuridad. ¿Qué habría hecho yo en hogares honrados? Mi pasado estaba siempre conmigo...

Y tú pensabas que a mí no me importaban las cosas agradables de la vida. Te digo que las anhelaba, pero no me atrevía a tocarlas, sintiendo que no tenía derecho. Pensabas que yo era más feliz trabajando entre los pobres. Esa era mi misión, imaginabas. No lo era; pero ¿adónde más podía ir? Los enfermos no preguntan si la mano que les alisa la almohada es pura, ni los moribundos se preocupan de si los labios que les tocan la frente han conocido el beso del pecado. Eras tú en quien pensaba todo el tiempo; a ellos les di el amor que tú no necesitabas: derramé sobre ellos un amor que no era suyo...

Y pensabas que yo pasaba demasiado tiempo yendo a la iglesia, y en deberes de iglesia. Pero ¿adónde más podía volverme? La casa de Dios es la única casa donde los pecadores son bien recibidos, y tú estabas siempre en mi corazón, Gerald, demasiado en mi corazón. Porque, aunque día tras día, en maitines o en vísperas, he rezado de rodillas en la casa de Dios, nunca me he arrepentido de mi pecado. ¿Cómo podría arrepentirme de mi pecado cuando tú, mi amor, fuiste su fruto? Incluso ahora, que eres duro conmigo, no puedo arrepentirme. No lo hago. Tú eres para mí más que la inocencia. Preferiría ser tu madre —¡oh, muchísimo preferiría!— antes que

haber sido siempre pura...

¡Oh, no lo ves? ¿no lo entiendes? Mi deshonor es lo que te ha hecho tan querido para mí. Mi vergüenza es lo que me ha atado tan estrechamente a ti. Es el precio que pagué por ti —el precio del alma y del cuerpo— lo que hace que te ame como te amo. Oh, no me pidas que haga esta cosa horrible. Hijo de mi vergüenza, sigue siendo el hijo de mi vergüenza.

GERALD.—Madre, no sabía que me quisieras tanto. Y seré un hijo mejor para ti de lo que he sido. Y tú y yo no debemos separarnos nunca... pero, madre... no puedo evitarlo... debes convertirte en la esposa de mi padre. Debes casarte con él. Es tu deber.

HESTER.—[Corriendo hacia ella y abrazándola.] No, no; no lo harás. Eso sí sería deshonor verdadero, el primero que hayas conocido. Eso sí sería vergüenza real: la primera que te tocaría. Déjalo y ven conmigo. Hay otros países además de Inglaterra... Oh, otros países al otro lado del mar, tierras mejores, más sabias y menos injustas. El mundo es muy ancho y muy grande.

MRS. ARBUTHNOT.—No, no para mí. Para mí el mundo se ha encogido hasta el ancho de una palma, y donde camino hay espinas.

HESTER.—No será así. En algún lugar hallaremos valles verdes y aguas frescas, y si lloramos... bien, lloraremos juntas. ¿No lo hemos amado ambas?

GERALD.—¡Hester!

HESTER.—[Haciéndole retroceder con un gesto.] No, no. No puedes amarme en absoluto si no la amas también a ella. No puedes honrarme si ella no es más sagrada para ti. En ella está martirizada toda la mujer. No solo ella: todas nosotras estamos heridas en su casa.

GERALD.—Hester, Hester, ¿qué debo hacer?

HESTER.—¿Respetas al hombre que es tu padre?

GERALD.—¿Respetarlo? ¡Lo desprecio! Es infame.

HESTER.—Te doy las gracias por salvarme de él anoche.

GERALD.—Ah, eso no es nada. Moriría por salvarte. ¡Pero no me dices qué debo hacer ahora!

HESTER.—¿Acaso no te he dado las gracias por salvarme?

GERALD.—Pero ¿qué debo hacer?

HESTER.—Pregunta a tu propio corazón, no al mío. Yo nunca tuve una madre a la que salvar... o avergonzar.

MRS. ARBUTHNOT.—Es duro... es duro. Déjame irme.

GERALD.—[Corriendo hacia ella y arrodillándose a su lado.] Madre, perdóname: he tenido la culpa.

MRS. ARBUTHNOT.—No beses mis manos: están frías. Mi corazón está frío: algo lo ha roto.

HESTER.—Ah, no digas eso. Los corazones viven de ser heridos. El placer puede volver un corazón de piedra, las riquezas pueden endurecerlo, pero el dolor... oh, el dolor no puede romperlo. Además, ¿qué dolores tienes ahora? En este instante eres para él más querida que nunca, querida aunque lo has sido, y ¡oh!, cuánto lo has sido siempre. Ah, sé amable con él.

GERALD.—Eres mi madre y mi padre todo en uno. No necesito un segundo progenitor. Hablé por ti, solo por ti. Oh, di algo, madre. ¿He encontrado un amor para perder otro? No me lo digas. Oh, madre, eres cruel. [Se levanta y se deja caer sollozando en un sofá.]

MRS. ARBUTHNOT.—[A HESTER.] ¿Pero ha encontrado de verdad otro amor?

HESTER.—Sabes que siempre lo he amado.

MRS. ARBUTHNOT.—Pero somos muy pobres.

HESTER.—¿Quién, siendo amado, es pobre? Oh, nadie. Yo detesto mi riqueza. Es una carga. Deja que la comparta conmigo.

MRS. ARBUTHNOT.—Pero estamos deshonorados. Contamos entre los proscritos. Gerald no tiene nombre. Los pecados de los padres

deben recaer sobre los hijos. Es la ley de Dios.

HESTER.—Me equivoqué. La ley de Dios es solo Amor.

MRS. ARBUTHNOT.—[Levantándose y tomando a HESTER de la mano; va lentamente hacia donde GERALD yace en el sofá con la cabeza hundida entre las manos. Lo toca y él levanta la vista.] Gerald, no puedo darte un padre, pero te he traído una esposa.

GERALD.—Madre, no soy digno ni de ella ni de ti.

MRS. ARBUTHNOT.—Entonces, como ella viene primero, eres digno. Y cuando estés lejos, Gerald... con... ella... oh, piensa en mí a veces. No me olvides. Y cuando reces, reza por mí. Debemos rezar cuando somos más felices, y tú serás feliz, Gerald.

HESTER.—Oh, ¿no piensa en dejarnos?

GERALD.—Madre, ¿no nos dejarás?

MRS. ARBUTHNOT.—¿Podría traeros vergüenza!

GERALD.—¿Madre!

MRS. ARBUTHNOT.—Por un tiempo, entonces; y si me lo permitís, siempre cerca de vosotros.

HESTER.—[A MRS. ARBUTHNOT.] Salga con nosotros al jardín.

MRS. ARBUTHNOT.—Más tarde, más tarde.

[Salen HESTER y GERALD.]

[MRS. ARBUTHNOT va hacia la puerta L. C. Se detiene ante el espejo sobre la chimenea y se mira.]

[Entra ALICE por R. C.]

ALICE.—Un caballero desea verla, señora.

MRS. ARBUTHNOT.—Dile que no estoy en casa. Enséñame la tarjeta. [Toma la tarjeta de la bandeja y la mira.] Dile que no lo recibiré.

[Entra LORD ILLINGWORTH. MRS. ARBUTHNOT lo ve en el espejo y se estremece, pero no se vuelve. Sale ALICE.]

MRS. ARBUTHNOT.—¿Qué puedes tener que decirme hoy, George Harford? No puedes tener nada que decirme. Debes abandonar esta casa.

LORD ILLINGWORTH.—Rachel, Gerald ya lo sabe todo sobre ti y sobre mí, así que hay que llegar a algún arreglo que nos convenga a los tres. Te aseguro que encontrará en mí al más encantador y generoso de los padres.

MRS. ARBUTHNOT.—Mi hijo puede entrar en cualquier momento. Te salvé anoche. Puede que no pueda salvarte otra vez. Mi hijo siente mi deshonor con fuerza, terriblemente. Te ruego que te vayas.

LORD ILLINGWORTH.—[Sentándose.] Lo de anoche fue extremadamente desafortunado. Esa estúpida muchacha puritana armando una escena solo porque yo quería besarla. ¿Qué daño hay en un beso?

MRS. ARBUTHNOT.—[Volviéndose.] Un beso puede arruinar una vida humana, George Harford. Yo lo sé. Lo sé demasiado bien.

LORD ILLINGWORTH.—No discutiremos eso ahora. Lo importante hoy, como ayer, sigue siendo nuestro hijo. Le tengo un gran afecto, como sabes, y por extraño que te parezca, admiré muchísimo su conducta anoche. Defendió a esa bonita mojigata con una prontitud maravillosa. Es justo el tipo de hijo que me habría gustado tener. Salvo que ningún hijo mío debería ponerse jamás del lado de los puritanos: eso siempre es un error. Ahora bien, lo que propongo es esto.

MRS. ARBUTHNOT.—Lord Illingworth, ninguna proposición suya me interesa.

LORD ILLINGWORTH.—Según nuestras ridículas leyes inglesas, no puedo legitimar a Gerald. Pero puedo dejarle mis propiedades. Illingworth está vinculado, desde luego, pero es un cuartel tedioso de lugar. Puede tener Ashby, que es mucho más bonito; Harborough,

que tiene la mejor caza del norte de Inglaterra; y la casa de St. James Square. ¿Qué más puede desear un caballero en este mundo?

MRS. ARBUTHNOT.—Nada más, estoy completamente segura.

LORD ILLINGWORTH.—En cuanto a un título, un título es en realidad una molestia en estos días democráticos. Como George Harford tenía todo lo que quería. Ahora solo tengo todo lo que otros quieren, y eso no es ni de lejos tan agradable. Bien, mi propuesta es esta.

MRS. ARBUTHNOT.—Le he dicho que no me interesaba, y le ruego que se vaya.

LORD ILLINGWORTH.—El muchacho estará contigo seis meses al año, y conmigo los otros seis. Eso es perfectamente justo, ¿no? Puedes tener la asignación que desees y vivir donde quieras. En cuanto a tu pasado, nadie sabe nada de ello excepto yo y Gerald. Está la Puritana, claro, la Puritana de muselina blanca, pero ella no cuenta. No podría contar la historia sin explicar que se opuso a que la besaran, ¿verdad? Y todas las mujeres la tomarían por tonta y los hombres por un fastidio. Y no temas que Gerald no sea mi heredero. No necesito decirte que no tengo la más mínima intención de casarme.

MRS. ARBUTHNOT.—Llegas demasiado tarde. Mi hijo no te necesita. No eres necesario.

LORD ILLINGWORTH.—¿Qué quieres decir, Rachel?

MRS. ARBUTHNOT.—Que no eres necesario para la carrera de Gerald. No te requiere.

LORD ILLINGWORTH.—No te entiendo.

MRS. ARBUTHNOT.—Mira al jardín. [LORD ILLINGWORTH se levanta y va hacia la ventana.] Será mejor que no dejes que te vean: traes recuerdos desagradables. [LORD ILLINGWORTH mira y se sobresalta.] Ella lo ama. Se aman. Estamos a salvo de ti, y nos vamos.

LORD ILLINGWORTH.—¿Adónde?

MRS. ARBUTHNOT.—No te lo diremos, y si nos encuentras no te conoceremos. Pareces sorprendido. ¿Qué recibimiento tendrías de la joven cuyos labios intentaste manchar, del muchacho cuya vida has avergonzado, de la madre cuya deshonra viene de ti?

LORD ILLINGWORTH.—Te has vuelto dura, Rachel.

MRS. ARBUTHNOT.—Una vez fui demasiado débil. Me conviene haber cambiado.

LORD ILLINGWORTH.—Yo era muy joven entonces. Nosotros los hombres conocemos la vida demasiado pronto.

MRS. ARBUTHNOT.—Y nosotras las mujeres conocemos la vida demasiado tarde. Esa es la diferencia entre hombres y mujeres.
[Pausa.]

LORD ILLINGWORTH.—Rachel, quiero a mi hijo. Mi dinero puede que ya no le sirva. Puede que yo ya no le sirva, pero quiero a mi hijo. Reúnennos, Rachel. Puedes hacerlo si quieres. [Ve la carta sobre la mesa.]

MRS. ARBUTHNOT.—No hay lugar para ti en la vida de mi hijo. No está interesado en ti.

LORD ILLINGWORTH.—Entonces, ¿por qué me escribe?

MRS. ARBUTHNOT.—¿Qué quieres decir?

LORD ILLINGWORTH.—¿Qué carta es esta? [Toma la carta.]

MRS. ARBUTHNOT.—Eso... no es nada. Dámela.

LORD ILLINGWORTH.—Está dirigida a mí.

MRS. ARBUTHNOT.—No debes abrirla. Te prohíbo que la abras.

LORD ILLINGWORTH.—Y está escrita con la letra de Gerald.

MRS. ARBUTHNOT.—No iba a enviarse. Es una carta que te escribió esta mañana, antes de verme. Pero ahora lamenta haberla escrito, mucho. No debes abrirla. Dámela.

LORD ILLINGWORTH.—Me pertenece. [La abre, se sienta y la lee despacio. MRS. ARBUTHNOT lo observa todo el tiempo.] Supongo que has leído esta carta, Rachel.

MRS. ARBUTHNOT.—No.

LORD ILLINGWORTH.—¿Sabes lo que contiene?

MRS. ARBUTHNOT.—¡Sí!

LORD ILLINGWORTH.—No admito ni por un momento que el muchacho tenga razón en lo que dice. No admito que sea deber mío casarme contigo. Lo niego por completo. Pero para recuperar a mi hijo estoy dispuesto... sí, estoy dispuesto a casarme contigo, Rachel, y a tratarte siempre con la deferencia y el respeto debidos a mi esposa. Me casaré contigo cuando quieras. Te doy mi palabra de honor.

MRS. ARBUTHNOT.—Me hiciste esa promesa una vez y la rompiste.

LORD ILLINGWORTH.—La cumpliré ahora. Y eso te mostrará que amo a mi hijo, al menos tanto como tú lo amas. Porque cuando me case contigo, Rachel, hay algunas ambiciones que tendré que abandonar. Ambiciones muy altas, si es que alguna ambición es alta.

MRS. ARBUTHNOT.—Rechazo casarme con usted, Lord Illingworth.

LORD ILLINGWORTH.—¿Hablas en serio?

MRS. ARBUTHNOT.—Sí.

LORD ILLINGWORTH.—Dime tus razones. Me interesarían enormemente.

MRS. ARBUTHNOT.—Ya se las he explicado a mi hijo.

LORD ILLINGWORTH.—Supongo que serían intensamente sentimentales, ¿no? Las mujeres vivís de vuestras emociones y para ellas. No tenéis filosofía de vida.

MRS. ARBUTHNOT.—Tiene razón. Nosotras las mujeres vivimos de nuestras emociones y para ellas. De nuestras pasiones, y para ellas,

si quiere. Tengo dos pasiones, Lord Illingworth: mi amor por él, mi odio hacia usted. No puede matarlas. Se alimentan la una de la otra.

LORD ILLINGWORTH.—¿Qué clase de amor es ese que necesita al odio como hermano?

MRS. ARBUTHNOT.—Es el tipo de amor que siento por Gerald. ¿Le parece terrible? Pues es terrible. Todo amor es terrible. Todo amor es una tragedia. Yo lo amé una vez, Lord Illingworth. ¡Oh, qué tragedia para una mujer haberlo amado!

LORD ILLINGWORTH.—Entonces, ¿de verdad te niegas a casarte conmigo?

MRS. ARBUTHNOT.—Sí.

LORD ILLINGWORTH.—¿Porque me odias?

MRS. ARBUTHNOT.—Sí.

LORD ILLINGWORTH.—¿Y mi hijo me odia como tú?

MRS. ARBUTHNOT.—No.

LORD ILLINGWORTH.—Me alegro de eso, Rachel.

MRS. ARBUTHNOT.—Él simplemente lo desprecia.

LORD ILLINGWORTH.—¡Qué lástima! Qué lástima por él, quiero decir.

MRS. ARBUTHNOT.—No te engañes, George. Los hijos empiezan amando a sus padres. Con el tiempo los juzgan. Rara vez, si es que alguna vez, los perdonan.

LORD ILLINGWORTH.—[Vuelve a leer la carta, muy despacio.] ¿Puedo preguntar con qué argumentos hiciste que el muchacho que escribió esta carta, esta carta hermosa y apasionada, creyera que no debes casarte con su padre, el padre de tu propio hijo?

MRS. ARBUTHNOT.—No fui yo quien se lo hizo ver. Fue otra persona.

LORD ILLINGWORTH.—¿Qué persona fin-de-siècle?

MRS. ARBUTHNOT.—La Puritana, Lord Illingworth. [Pausa.]

LORD ILLINGWORTH.—[Hace una mueca; luego se levanta lentamente y va hacia la mesa donde están su sombrero y sus guantes. MRS. ARBUTHNOT está de pie junto a la mesa. Él toma uno de los guantes y empieza a ponérselo.] Entonces no hay mucho que yo pueda hacer aquí, Rachel.

MRS. ARBUTHNOT.—Nada.

LORD ILLINGWORTH.—¿Es un adiós, entonces?

MRS. ARBUTHNOT.—Para siempre, espero, esta vez, Lord Illingworth.

LORD ILLINGWORTH.—¡Qué curioso! En este momento te ves exactamente como te veías la noche en que me dejaste hace veinte años. Tienes la misma expresión en la boca. Palabra, Rachel, ninguna mujer me amó como tú me amaste. Te me entregaste como una flor, para que hiciera con ella lo que quisiera. Fuiste el juguete más bonito, el pequeño romance más fascinante... [Saca el reloj.] ¡La una y tres cuartos! Debo ir paseando de vuelta a Hunstanton. No creo que vuelva a verte allí. Lo siento, lo siento de veras. Ha sido una experiencia divertida encontrar entre gente del propio rango, y además ser tomado completamente en serio, a la propia amante, y a la propia...

[MRS. ARBUTHNOT arrebató un guante y golpea a LORD ILLINGWORTH en la cara con él. LORD ILLINGWORTH se sobresalta. Queda aturdido por el insulto. Luego se domina, va hacia la ventana y mira a su hijo. Suspira y sale.]

MRS. ARBUTHNOT.—[Dejándose caer sollozando en el sofá.] Lo habría dicho. Lo habría dicho.

[Entran GERALD y HESTER desde el jardín.]

GERALD.—Bueno, madre querida. Al final no saliste. Así que hemos entrado a buscarte. Madre, ¿has estado llorando?
[Arrodillándose a su lado.]

MRS. ARBUTHNOT.—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¡Hijo mío! [Le pasa los dedos por el pelo.]

HESTER.—[Acercándose.] Pero ahora tienes dos hijos. ¿Me dejarás ser tu hija?

MRS. ARBUTHNOT.—[Levantando la mirada.] ¿Me elegirías a mí como madre?

HESTER.—A usted, entre todas las mujeres que he conocido.

[Se dirigen hacia la puerta del jardín con los brazos ceñidos. GERALD va a la mesa L. C. a por su sombrero. Al volverse ve el guante de LORD ILLINGWORTH en el suelo y lo recoge.]

GERALD.—¡Hola, madre! ¿De quién es este guante? Has tenido visita. ¿Quién era?

MRS. ARBUTHNOT.—[Volviéndose.] Oh... nadie. Nadie en particular. Un hombre sin importancia.

TELÓN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB